

La
conquista
del
ESPACIO
se

INVASOR DEL MAS ALLA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Verdaderamente, el gran juez estaba tan consternado como todos los demás miembros que formaban el jurado especial, así como la muchedumbre que atestaba la gran sala y los millones de nativos de Attol que desde sus visores seguían con especial interés el desarrollo del juicio.



A. Thorkent

Invasor del más allá

Bolsilibros: La conquista del espacio - 143

ePub r1.0

Titivillus 10.09.2019

A. Thorkent, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

INVASOR DEL MÁS ALLÁ

A. THORKENT

1

El magistrado miró hacia abajo. Observó al acusado y recapacitó.

Verdaderamente, el gran juez estaba tan consternado como todos los demás miembros que formaban el jurado especial, así como la muchedumbre que atestaba la gran sala y los millones de nativos de Attol que desde sus visores seguían con especial interés el desarrollo del juicio.

Aquello era algo insólito entre los attolianos.

Desde hacía un milenio ninguno de sus miembros había tenido que ser conducido a presencia del gran juez, quien nunca, en su larga carrera honorífica, había tenido que enfrentarse ante un hecho semejante.

Pero las leyes de Attol tenían que ser cumplidas. Uno de sus miembros las había infringido y por ello tenía que ser castigado. La pena que señalaban las antiguas leyes eran de muerte para el acusado. No había duda alguna en su interpretación. Así lo comprendieron todos los jurados cuando emitieron su veredicto de culpabilidad. Ahora tocaba al gran juez disponer la pena con que el acusado tenía que ser castigado.

El defensor se había limitado, al final de la exposición de los cargos, a recordar que en Attol la pena de muerte estaba proscrita desde hacía medio milenio. Y luego se sentó a esperar. No podía hacer más por su defendido, quien no había negado ninguna de sus culpas, y por el contrario se había ufanado de ellas. Llegó incluso a insultar al gran juez, al jurado y todos los habitantes de Attol.

Las multitudes habían gemido ante aquella actitud en la sala y en sus hogares escuchando las palabras finales del acusado durante el juicio. Se trataba de algo que no podían concebir de ninguna forma. Iba en contra de la manera de ser del pueblo de Attol.

Pero el gran juez comprendió que todo el planeta estaba aguardando oír sus palabras y decidió no demorar por más tiempo

la tensa espera.

Hizo una indicación a su ayudante, quien a su vez ordenó a los guardianes que custodiaban al acusado que obligasen a éste a incorporarse para escuchar el veredicto definitivo.

El gran juez tragó saliva y, mirando fijamente al acusado, dijo dirigiéndose particularmente a él:

—Traoll, octavo hijo de la línea primaria de la familia Iyh y miembro hasta ahora con plenos derechos del planeta Attol, el pueblo te ha reconocido culpable de tus graves faltas contra él y te considera merecedor del más alto castigo. Según las antiguas leyes debería sentenciarte a que murieras según los ritos antiguos, es decir, desintegrado tu cuerpo.

»Pero desde hace un milenio no se ha ejecutado a ningún attolita, por lo que hace mucho tiempo la pena máxima quedó derogada. Creo que aquellos antepasados nuestros que así lo decidieron no podían considerar que ahora nosotros hubiéramos querido que no procedieran así, porque consideramos que tus culpas merecen la muerte.

»Como nos es imposible alterar las sabias decisiones de nuestros antecesores, debemos recurrir a los medios disponibles a nuestro alcance para evitar que tu presencia continúe siendo peligrosa para nuestra civilización... y la de nuestros vecinos.

Las últimas palabras del gran juez fueron acogidas por murmullos aprobadores de la sala. Todo el mundo sabía a qué se refería el alto magistrado. El gran juez hizo sonar su llamador y continuó diciendo:

—Por lo tanto, dispongo que nuestros altos jerarcas ordenen que tu cuerpo sea enviado vivo al espacio galáctico. Serás desterrado por siempre de los mundos que viste al nacer. Nunca podrás volver a ellos porque los medios que se pondrán a tu alcance te lo impedirán. Tampoco podrás desarrollar en medio de ellos ninguna actividad que te pueda permitir otra cosa que no sea la de arrepentirte de tus pecados. Vivirás hasta que lo desees. No te faltarán alimentos ni medios precisos para que, si lo prefieres, alcances el momento justo en que debas rendir cuentas por tus actos al Sabio Creador.

»Esta pena se llevará a cabo inmediatamente. Tan pronto como los medios adecuados a tu castigo estén dispuestos, se procederá a

tu expulsión de Attol. Ésta es la sentencia de este tribunal.

Los attolianos, presentes o no en la sala, gimieron, murmuraron asombrados o se alegraron. Ya que no podía ser condenado a muerte el acusado, la sentencia del gran juez era la más adecuada.

El peligro que había estado acechando a Attol desaparecería con la marcha de Traoll.

El acusado había escuchado su sentencia de pie, sin mover un solo músculo de su cuerpo, mirando desafiante al magistrado.

—Has sabido interpretar bien las antiguas leyes, gran juez —dijo Traoll con su voz tonante, tan bien conocida por todos—. Pero confío en que no me negarás el privilegio, que me asiste como miembro todavía activo de Attol, para hablar después de escuchar la sentencia. Hasta que ésta no se consume dispongo aún de mis derechos. Así está escrito.

El gran juez se agitó en su asiento. Hubiera deseado impedir aquello, pero conocía sobradamente que el acusado tenía razón. No podía negarle su privilegio de hablar y ser escuchado por la casi totalidad de los habitantes de Attol.

Al recibir el asentimiento del gran juez, Traoll le volvió la ancha espalda a éste y se enfrentó con el nutrido auditorio y los objetivos de los televisores.

Traoll pensó por un instante que bien merecía la pena ser condenado si se le ofrecía la oportunidad de dirigirse por última vez a su pueblo. Sabía que no tenía amigos ni adeptos. No los había podido conquistar en el poco tiempo que duró su campaña. Había sido acusado de atavista y otras cosas peores. Pero no le importó mientras siguió en libertad. Los jerarcas se cansaron de él y le encarcelaron hasta el momento de celebrarse el juicio.

Mas ya todo Attol le conocía o había oído hablar de él, de sus pensamientos inusitados, de su forma de expresarse utilizando un lenguaje arcaico y lleno de frases que parecían estar sacadas de los antiquísimos manuscritos confeccionados milenios ha.

En realidad Traoll no se consideraba un fracasado. Simplemente, no había dispuesto del tiempo suficiente para convencer a sus compatriotas de sus ideas. Lo que éstos creían que se trataba de un singular retroceso en el pensamiento, Traoll lo estimaba como el más adecuado avance para la raza attol.

Cuando consideró que todo el planeta estaba pendiente de él,

con la respiración cortada empezó a decir:

—Me habéis condenado a huir de vosotros, a no haceros partícipes de una gloria inmensa que os hubiera dado, hijos de Attol. Aunque la amargura y el resentimiento me embargan por el desprecio que sufro a causa vuestra, mi odio hacia vosotros no es tan grande como podéis figuraros. Sólo los jerarcas y sus acólitos, los que os mantienen engañados, son merecedores de mi desprecio. Al resto del pueblo attol sólo le tengo compasión.

»Nuestra raza estaba destinada a misiones más importantes en el cosmos que la de vegetar y mantener buenas relaciones con sus vecinos. Estábamos llamados a ser los amos de toda la creación, a tener a esta galaxia bajo nuestro dominio total primero y luego todas las que nos rodean, hasta que nuestros hijos se hubieran extendido hasta el último confín del universo si éste existiera.

»Estoy seguro de que habría conseguido despertaros de vuestro amodorramiento de haberse permitido desarrollar plenamente mis ideas. Ya es imposible. Habéis perdido la oportunidad de alcanzar la gloria estelar. Yo he sido un privilegiado al pensar como nuestros más profundos antepasados, cuando los attolitas lucharon contra nuestros seculares enemigos los rills.

En la sala estaban presentes algunos enviados de Rill y todas las miradas se centraron en ellos. Los rills eran diferentes totalmente a los attolitas, pero aliados de ellos, buenos vecinos, desde hacía infinitos siglos. La paz reinaba entre las dos razas, aunque en la oscuridad de los tiempos ambas nacieron en un mismo planeta y a punto estuvieron de exterminarse mutuamente, hasta que la cordura llegó a ambos bandos.

—Sí, miradlos bien —siguió diciendo Traoll—. Ellos fueron los que nos arrebataron el mundo que presencié el surgir de nuestra raza. Ellos fueron los que nos consideraron seres inferiores por milenios e intentaron destruirnos. Los rills siempre creyeron que eran los únicos pensantes hasta que les demostramos que estaban equivocados. Es cierto que nos dejaron partir hasta este planeta, pero durante muchos eones nos combatieron con el propósito de exterminarnos. Sólo la tenacidad de nuestros ancestros logró que terminaran por firmar la paz definitiva. ¡Pero ellos nos odiaron siempre! Aunque no tanto como yo les he llegado a odiar.

»Con mi liderato, seres de Attol, hubiéramos conseguido vengar

las vejaciones que nuestra raza siempre sufrió de los rills. Hubiéramos podido sumir a esa raza orgullosa a la situación que sus antepasados quisieron hacer con la nuestra.

»¡Y después de aniquilarlos habríamos tenido el cosmos entero a nuestro alcance!

Los enviados rills escucharon serenos las inflamadas palabras del attolita condenado por sus semejantes. Eran invitados de los jerarcas de Attol y la cortesía les impedía levantarse y responder a los insultos de Traoll. Eran seres de estatura más pequeña que los attolitas y piel clara, sin apenas vello. Sus miembros eran más largos y el tronco más pequeño, además de tener una cabeza apenas la tercera parte de la voluminosa attolita.

Sin embargo, durante los últimos siglos los rills y los attolitas habían estrechado sus lazos de amistad. Los del mundo Rill tuvieron noticias de la propaganda iniciada por Traoll y se pusieron en contacto secreto con los jerarcas attolitas. Estaban preocupados, temerosos de que las masas de Attol siguieran al pie de la letra las doctrinas de Traoll.

Pero los líderes de Attol ya estaban dispuestos a actuar contra el atávico miembro de su raza. Prometieron eliminar el peligro, aunque aseguraron que las gentes no estaban dispuestas a seguirle..., al menos aún. Pero la cordura aconsejaba que Traoll fuera quitado de en medio y se le enjuició. Las antiguas leyes protegían la legendaria paz de Attol.

El gran juez miró a los rills temeroso de leer en las miradas de éstos gestos de ofensa. Hizo sonar su ululante campana y dijo señalando al reo:

—Traoll ha hablado ya, y es el momento que calle.

—Unas últimas palabras —pidió Traoll respirando entrecortadamente.

—Dilas de una vez y concluyamos ya.

—Yo, Traoll, prometo que pese a ser condenado a vagar eternamente en el espacio, lejos de mi patria, no cesaré en mi empeño de destruir a toda la raza rill. Volveré aquí para cumplir esta promesa. Y los attolitas que me han condenado no recibirán ninguna misericordia por mi parte. Sólo el pueblo de Attol escapará de mi cólera. Su mayor humillación será comprobar que yo, el hombre que desterraron, tenía razón.

Dicho esto, Traoll bajó del estrado donde había estado. Conducido por los guardianes armados, salió de la sala. Iba erguido, orgulloso de sí mismo. Con su mirada rojiza desafió a la multitud presente, que intimidada por su arrogancia guardó un silencio sepulcral.

—No les retendremos más aquí, señores de Rill —dijo el primer jerarca de Attol dirigiéndose al grupo de rills.

—Hemos esperado a su petición porque insistió en que presenciáramos la partida del reo, gran jerarca —dijo el embajador extraordinario en Attol.

El attolita anduvo hasta el ventanal y los rills le siguieron. Desde allí, señalando hacia el exterior, el primer jerarca explicó:

—Ésa será la cárcel de acero en el espacio de Traoll.

Todos miraron y vieron una extraña nave de metal negro como la noche sin estrellas.

—¿Es segura? —preguntó el embajador de Rill.

—En ella han trabajado nuestros técnicos durante varios días. Dispone de todos los elementos que constan en el veredicto del gran juez. Traoll no morirá en ella a menos que desee suicidarse. Podrá vivir hasta que le apetezca. Pero no podrá hacerla maniobrar de ningún modo. Cuando alcance un punto que calculamos será en una galaxia distante a la nuestra, navegará al paio. Desde luego, evitará los planetas y soles automáticamente. El mecanismo está dispuesto para que en caso de que Traoll intente alterarlo, todo el ingenio estalle. Traoll sabrá esto y tal acto supondría un suicidio.

El embajador cruzó una mirada con sus compatriotas. Todos parecían estar satisfechos con las explicaciones del primer jerarca de Attol. Pensaron que bien había merecido la pena prolongar su estancia en el planeta para asegurarse de que aquel posible enemigo de la paz entre Attol y Rill nunca podría regresar pese a sus amenazas.

—Me complacen sus palabras, primer jerarca —dijo el embajador—. La crisis ha sido superada adecuadamente. La actitud del pueblo attolita corrobora los buenos deseos de sus antepasados, cuando aseguraron en unión de los nuestros que entre los pueblos antaño enemigos se había iniciado una amistad que nada ni nadie podría alterar nunca.

Por la enorme cara del primer jerarca cruzó una sombra de

preocupación.

—Me temo que la mente de Traoll se encuentre desequilibrada. No les extrañe, señores, si les digo que sentimos profundamente tener que perder una sapiencia como la de Traoll. Era nuestro científico más avanzado. Sus conocimientos son impresionantes. De no haber sucedido este lamentable hecho, estoy seguro de que sus trabajos hubieran asombrado incluso a los sabios de Rill.

El embajador asintió.

—Es cierto. Hasta nosotros llegaron noticias de los maravillosos trabajos personales de Traoll en la bioquímica y las matemáticas, primer jerarca. Creo que cuando inició su campaña belicista tenía iniciado un trabajo sobre la aceleración genética de las razas...

—Así es. Muchos sabios han intentado seguir sobre los descubrimientos de Traoll, pero han reconocido su fracaso. Y Traoll no consiente en revelarnos nada. Pasarán años hasta que otra mente lúcida pueda reemprenderlos. Es lamentable.

—¿Cuál era la teoría de Traoll al respecto?

—Suponemos que pensaba que nuestra raza debió acelerar su evolución antes que la de ustedes. Su teoría era que ambas tuvieron la misma oportunidad, pero que la rill encontró fortuitamente mejores condiciones para el desarrollo. Ustedes ganaron milenios en la evolución, lo que a nosotros nos costó millones.

El embajador se rascó la barbilla.

—¿Green que la planificación de tales hipótesis en la mente de Traoll llegó a perturbarle?

—Es posible. Traoll interrumpió súbitamente sus trabajos, cuando intentaba demostrar científicamente que en el planeta que dio origen a nuestras dos razas, señores, se sucedieron hechos que impidieron a la nuestra adelantar evolutivamente a la suya. Estos hechos no fueron normales y sí circunstanciales. Traoll, al llegar a tales conclusiones, debió de sufrir un trauma. Lo abandonó todo y, movido por un afán incomprensible de desquite hacia los rills, inició su campaña guerrera.

El embajador se estremeció. Afortunadamente, los attolitas habían actuado a tiempo. De haber dejado a Traoll seguir adelante con su doctrina, era posible que el numeroso pueblo de Attol le hubiera seguido. Y entonces nada habría impedido una guerra a muerte contra Rill.

Los viejos tiempos sangrientos, llenos de lucha y muerte, habrían vuelto. Y una de las dos razas habría terminado por desaparecer.

El rill volvió a mirar la nave iluminada por los focos. Al amanecer aquel peligro se perdería para siempre en el tenebroso espacio, confundiéndose con las más lejanas estrellas.

2

Traoll paseó su mirada por aquellas paredes de acero. Conocía cada recoveco de ellas, cada rincón, cada mando a su alcance que existía. Había tenido tiempo más que suficiente para familiarizarse hasta con el más insignificante tornillo o remache.

Aunque el espacio en que se desenvolvía era amplio, su sensación de claustrofobia aumentaba cada día. Aquello empezó hacía ya muchos años, cuando llevaba ya más de un siglo de destierro.

La vida de un attolita era larga, pero no estaba seguro de llegar al fin de ella. En muchas ocasiones había sentido deseos de abrir la esclusa y dejar que la presión interna escapase, que el gélido ambiente espacial terminase con su existencia.

Pero recordaba sus palabras dichas en el juicio. El deseo de vengarse le había servido durante mucho tiempo para seguir encontrando un motivo por el que vivir. Mas aquella excusa era cada instante más débil.

Durante largas veladas bajo el brillo de las estrellas que se filtraba por la ventana de acero transparente y la luz artificial interior, tenue porque él no la necesitaba con mucha potencia, había trabajado en su proyecto abandonado al iniciar su campaña bruscamente truncada.

El trabajo había sido duro y largo. Pero disponía de elementos de trabajo. Sus verdugos le dejaron un calculador y muchos utensilios para poder desarrollar sus cálculos. Hacía ya tiempo que había visto coronado con el éxito su esfuerzo. El interrumpido trabajo en Attol había sido concluido al fin a miles de parsecs de la patria.

Pero ya de nada le servía allí solo.

Nada más le encontró cierta utilidad que llenar las veladas solitarias en algo que le distrajese.

Ahora, sin nada que hacer sino pensar y rumiar su venganza, empezaba a desesperarse.

Cierto que los suyos no le habían condenado a muerte, pero confinarle en medio de aquellas paredes de acero, sin posibilidad alguna de escapatoria, era como sentenciarle a una muerte por suicidio a largo plazo.

Ya había pensado detenidamente y en varias ocasiones en la posibilidad de terminar de una vez con aquel tormento solitario.

Pero siempre terminó diciéndose que debía apurar hasta el máximo sus esperanzas de salvación.

Disponía a bordo de instrumentos para saber siempre dónde se encontraba.

La galaxia en la que se hallaba actualmente su cárcel le era totalmente desconocida. Viajaba a una velocidad de crucero normal, después de haber estado los primeros años haciéndolo a miles de veces la de la luz. Los mandos automáticos de la nave habían sido ajustados para alejarle lo más posible de Attol. Una vez conseguido esto, la nave se trasladaba por el cosmos a una marcha que se le antojaba enojosamente lenta, pese a que podía alcanzar soles y rebasarlos fácilmente.

También tenía Traoll delicados mecanismos que le anunciaban la aproximación de cuerpos a su nave. El cerebro electrónico, sin embargo, era el que se encargaba de desviar la nave de ellos y conjurar el peligro.

Traoll había estudiado a fondo la configuración de la nave. Después de muchos cálculos había llegado a la conclusión que no podía interferir el curso, desviarla a algún planeta, sin peligro que toda ella estallase. Sus constructores, sabedores de su inteligencia, la habían diseñado a conciencia porque habían estimado su alto intelecto.

Muchas veces, durante sus largos sueños, había sido despertado por los avisos de los detectores indicando la presencia de algún aerolito.

Durante una de las jornadas de descanso, Traoll fue despertado súbitamente. De forma mecánica se acercó a la pantalla. Tenía curiosidad por saber qué clase de asteroide se cruzaba con su camino y su composición mineral. Era algo que le servía de distracción.

Durante el primer instante no dio crédito a lo que descubrió. Pero luego, a medida que el objeto se acercaba, sintió que todo su ser se estremecía de ansiedad.

Era una nave, un artilugio construido por seres de indudable inteligencia la que se acercaba a su cárcel de acero. Los detectores ya habían enviado los datos al cerebro para que la nave se desviase del obstáculo. Y así lo estaba haciendo cuando Traoll comprobó que el ingenio desconocido alteraba su rumbo al mismo tiempo y le seguía.

No había duda de que le habían descubierto y, extrañados tanto o más que él, le seguían. Si para Traoll la desconocida nave tenía un diseño extraño, la suya debía de parecerles igual a los misteriosos navegantes.

La nave de Traoll ya sólo estaba programada para seguir con una constante velocidad, no aumentarla. Sin embargo, la desconocida imprimió más potencia a sus motores y lentamente iba ganando terreno.

Un extraño nerviosismo hizo presa en Traoll. Aquel suceso, nunca imaginado que pudiera suceder, podía liberarle de su encierro. Incluso podía ser que se encontrase con seres iguales a él, que le podían ayudar.

Pero, sobre todo, aquella aparición inesperada significaba que su vagar constante por el espacio tocaba a su fin.

La nave extraña estaba tan cerca de la suya que Traoll, a través de la ventana, podía ver su rara configuración. Un largo brazo metálico partió de ella y se adhirió al fuselaje de su cárcel de acero. Pronto, ambas naves quedaron unidas y unas figuras embutidas en unos pesados trajes espaciales empezaron a cruzar el espacio que las separaba.

Traoll oyó pronto golpes sobre el casco. Era un medio usual para comunicarse con una nave que ya había demostrado no poseer medios de comunicación. Seguramente los extraños pensaban que a bordo no había nadie. Iban a llevarse una sorpresa cuando lo descubrieran.

Se acercó a la cámara de presión y esperó a que los desconocidos forzaran la puerta externa. Las luces le indicaron que así lo habían hecho. Cuando el aire volvió a inundar la cámara, los extraños debieron proceder a analizarlo.

Traoll se preguntó si podría respirar su mismo aire. Pronto tuvo la respuesta. Cuando la segunda puerta se abrió y varias figuras entraron con trajes espaciales, pero sin los cascos, comprendió que los tripulantes de la otra nave usaban su misma atmósfera.

La esperanza que creció en él de encontrarse delante de seres de la misma raza que la Attol se disipó enseguida, cuando vio los rostros que aparecían desnudos sobre los trajes espaciales.

Entonces, lanzando un grito de decepción y odio al mismo tiempo, Traoll se lanzó contra los recién llegados. Sus garras rompieron los trajes y la piel que había abajo. Los sorprendidos seres retrocedieron ante aquella figura ululante y mortal.

Traoll descargó en los segundos que duró la matanza el odio que había ido aumentando en su ser durante el largo tiempo de cautiverio.

Cuando todo hubo concluido, Traoll quedó en un rincón jadeante, mirando los cuerpos destrozados. Un sonido procedente de uno de los cascos tirados en el suelo atrajo su atención. Se acercó a él y percibió unos sonidos. Era un lenguaje hablado, pero incomprendible para él.

Calculó que los tripulantes que habían quedado en la nave estaban preguntando a sus compañeros qué había pasado. O tal vez no hubieran adivinado que ya estaban muertos y preguntaban lo que existía en la, para ellos, nave misteriosa.

Traoll comprendió que tenía que tomar una determinación. Despojó a uno de los cadáveres del traje del espacio que aún estaba intacto. El ser había perdido la vida al aplastarle el cráneo contra la pared. Era lo bastante amplio para él e incluso el casco, grande para la pequeña cabeza de los muertos, le servía aunque le resultaba ajustado un tanto. Abrió la válvula del aire que contenían los depósitos y respiró unos segundos un poco temeroso. Aquella atmósfera artificial era casi la suya misma. Debió calcularlo ya que los seres analizaron el aire de la cabina y no dudaron en despojarse de sus cascos. Si el aire de Traoll era bueno para ellos, el de los desconocidos también debía serlo para él.

Entró en la cámara de vacío y salió al espacio. Miró la nave que tenía enfrente. Se aferró al brazo metálico y avanzó por él, e intentó simular los torpes movimientos de los que acababa de matar.

Cuando estuvo dentro del recinto estanco de la nave, esperó

impaciente que desde el otro lado le abrieran la puerta. La figura que apareció en el dintel corrió a ayudarlo, tomándole por un compañero.

Traoll no permitió siquiera que le quitara el casco. Abatió su brazo con toda violencia contra el ridículo ser. Sus afiladas garras le rompieron las costillas y un borbotón de sangre surgió. El infeliz gritó de dolor y Traoll acabó con sus sufrimientos con un nuevo y esta vez certero golpe.

Se hallaba solo en un pasillo estrecho y corto. Anduvo hasta el otro extremo, penetrando en una reducida estancia. Parecía tratarse de un comedor. Se encontró delante de una escalerilla metálica y ascendió por ella. Surgió en una sala amplia, que pensó debía tratarse del puente de mando. Allí estaban varios de aquellos seres, que se volvieron sorprendidos al descubrirle. Traoll ya se había quitado el molesto casco y adivinó que sus facciones producían cierto horror.

Actuó rápido, con ágiles movimientos. Mientras mataba, con extraño sentimiento de placer en sus acciones, procuró que ningún ser pudiera escapar de allí y dar la alarma al resto de sus compañeros.

Concluyó pronto la matanza y se detuvo a recapacitar. Confiaba en que después de una detenida inspección a la nave podía quedar dueño absoluto de ella.

Un rato después regresaba al puente de mando. En la nave aún habían quedado doce de aquellos seres más, a los que fue aniquilando uno por uno.

Era dueño absoluto de un medio, aunque tosco, capaz de conducirlo a alguno de los cercanos planetas que días antes había localizado en su cárcel de acero.

Entonces se dedicó a limpiar la recién conquistada nave de cadáveres. Los fue arrojando por una escotilla. Volvió a su cárcel y en varios viajes transbordó sus pertenencias más apreciadas, alimentos y aparatos de computación.

Más sereno, empezó a estudiar el funcionamiento de la nave. Aunque algunas cosas le costaron mucho trabajo comprenderlas, su capacidad mental era suficiente para asimilar la extraña técnica. Cuando llegó a la conclusión que solo no podía llegar a manejar aquel navío, el desaliento cundió en él. Conocía la forma, pero se

encontraba incapacitado de llegar a un mundo. Se necesitaban operarios en tres o cuatro sitios a la vez para manejarla. Sus mandos no estaban tan automatizados como en un principio había esperado.

Un poco más tarde, decidió recorrerla de punta a punta. Cuando llegó a los niveles inferiores, cerca de donde estaba situada la pila protoplásmica, descubrió algo que le hizo esbozar una mueca de triunfo.

Se trataba de una pequeña nave de desembarco. Estudió los controles, lo suficientemente simples para que un par de brazos y una mente superior como la suya pudieran conducirlo hasta el más próximo de los planetas, situado a unos treinta millones de kilómetros, según marcaban los controles de la nave conquistada. Llevó al salvavidas todas sus pertenencias y se instaló en ella. Desde el interior hizo que la compuerta del hangar se abriera y puso en funcionamiento los cohetes.

La pequeña nave salió disparada del interior del hangar y se sumergió en el espacio.

Traoll localizó enseguida el planeta al que se quería dirigir. Llegaría allí pronto. La navecilla podía desarrollar una velocidad bastante aceptable.

Tomó algunos alimentos y cerró los ojos. Todo volvía a sonreírle de nuevo. Aunque los seres que había encontrado le habían recordado a los rills, aquel hecho le podía abrigar esperanzas de encontrar también a miembros de su misma especie. Él mismo había defendido la teoría de que las dos razas tenían que desarrollarse casi al unísono en el espacio, si las condiciones climatológicas eran propias para la existencia de una de ellas al menos. Algún misterio de la naturaleza había dictado que los rills y attolitas tenían que evolucionar en ambientes idénticos.

Sumido en agradables pensamientos, Traoll dejó vagar su fantasía y se durmió.

La navecilla se fue acercando lentamente al planeta. A bordo no disponía de elementos analizadores, pero Traoll decidió correr el riesgo de posarse en él. Estaba ansioso por pisar suelo firme.

Enfiló la proa del aparato hacia la zona oscura. Si el planeta estaba habitado, como presumía, la noche le ampararía. Tenía que ser precavido, no cometer ningún fallo que pudiera serle fatal más tarde.

Momentos después terminaba de apagar los propulsores cuando las ruedas del aparato terminaron de rodar sobre un prado. Cerca había un bosque. Los ojos de Traoll taladraron la oscuridad. No había nadie cerca.

Resueltamente descendió de la pequeña nave. En su mano llevaba empuñada una de las armas que arrebató a los seres que mató. Era un simple lanzador de rayos de calor, aunque muy efectivo a corta distancia.

Aspiró el aire y lo encontró agradable. Indudablemente, de aquel mundo procedían los tripulantes de la nave que le encontraron, lo que quería decir, según sus deducciones, que también podía encontrar allí a miembros de su misma especie.

Caminó hacia el bosque. No era muy profundo y pronto estuvo al otro extremo de él. Entonces se encontró que el paso le era cortado por una amplia carretera cubierta de caucho. No tuvo que esperar mucho para que por ella pasara pronto un vehículo.

Su aparición le cogió de improviso y apenas pudo percatarse de la clase de sus ocupantes. Apenas hubo transcurrido un instante cuando apareció otro en dirección contraria al primero. Traoll aguzó su mirada.

Cuando hubo comprobado la identidad de los ocupantes, su gesto se contrajo en una mueca de furia.

Aquellos seres eran iguales a los que había matado para apoderarse de la nave, iguales a los rills.

Desalentado regresó junto a su nave. Se sentó sobre la hierba, pensativo. Así estuvo largo rato hasta que notó un pequeño ruido que venía de su derecha. Volvió hacia allí su mirada y vio un pequeño bulto que corría entre los matorrales.

El animalito, o lo que fuese, se había asustado cuando él se movió. Mientras había permanecido inmóvil, se había estado acercando. Traoll, curioso, adoptó una postura llena de quietud.

Pasó un largo lapso de tiempo hasta que las hierbas volvieron a moverse y la pequeña figura —u otra— volvió a iniciar el tímido acercamiento.

Traoll ajustó su mirada a la escasa luminosidad procedente de las estrellas y logró distinguir perfectamente al inesperado y minúsculo visitante.

Cuando lo hubo hecho, todo el ser de Traoll sintió una extraña

convulsión. Su mente se quedó en blanco durante largo rato, hasta que su ego dolorido consiguió sustraerse de la humillación sufrida.

El pequeño visitante que le rondaba era un semejante suyo, aún no salido de la más elemental etapa evolutiva. Traoll, más sereno, calculó que serían precisos miles de años para que su hermano de raza alcanzase la estatura e intelecto de un attolita normal.

Confundido, Traoll regresó a la nave y se hundió en la estrecha carlinga. En ella se quedó todo el resto de la noche sumido en una profunda meditación.

Al alba, Traoll había llegado a una decisión.

Aunque la naturaleza había dispuesto que en aquel mundo una raza semejante a la odiada rill evolucionase más aprisa que sus hermanos, él estaba dispuesto, ayudado por sus amplios conocimientos, a impedir que los rudimentarios attolitas siguieran viviendo entre las cloacas, escondidos en los campos de la vista de unos seres que ya habían conseguido ser bípedos antes que ellos.

Sencillamente, Traoll había descubierto una rata de campo, decenas de veces más pequeña que él en estatura.

3

—Pronto comprenderá el motivo de que hayamos solicitado la presencia urgente de ustedes en Ompya, mayor Lumpell —aseguró el regidor Ulf-Groe

Loff Lumpell se limitó a asentir con la cabeza. Había recorrido con su unidad exploradora más de trescientos parsecs y llegado a la conclusión que debía recurrir a toda su paciencia ahora que se encontraba en el planeta Ompya.

—El Alto Mando me ordenó que me acercara hasta aquí porque mi unidad era la más próxima —replicó, como queriendo dar a entender que si había acudido tan pronto era porque las circunstancias lo habían permitido.

Se encontraban en el gabinete de trabajo de Ulf-Groe

, Regidor electo de Ompya, planeta colonizado hacía trescientos años por el Orden después de una concienzuda programación. Poco era lo que el mayor Lumpell había visto desde su reciente llegada, pero era lo suficiente para afirmar que el proyecto había resultado un total éxito.

Ompya parecía gozar de un nivel económico muy alto. Prácticamente era un planeta agrícola, aunque ahora comenzaba a disponer de una industria básica bien programada, que en unos años podía llegar a convertirse en un complemento adecuado para su expansión total.

Si las previsiones no resultaban fallidas, en pocas décadas Ompya podía considerarse casi a la misma altura técnica y financiera de la Tierra, lo que sería obtener el resultado que esta última había proyectado.

Todo esto lo había sabido Loff después de estudiar los registros respecto a Ompya durante los días que duró el viaje hasta allí desde el momento que recibió la orden del alto mando del Orden de acudir a Ompya.

—La verdad es que los sucesos ocurridos últimamente nos han consternado grandemente, mayor —dijo el regidor—. Confieso que entre la población ha empezado a cundir la alarma. Si hemos recurrido a ustedes es porque hemos considerado que la situación ha alcanzado su extremo máximo de gravedad.

Loff frunció el ceño.

—Aunque ustedes no cuentan con un ejército organizado, sí disponen de una organización policíaca de primer orden, con armamento suficiente para neutralizar cualquier peligro menor...

—Usted mismo lo acaba de decir, mayor. Sólo podemos enfrentarnos con un peligro menor, y no con una crisis como la actual.

—Explíquese.

—Mi gabinete y yo hemos analizado a fondo la situación. El primer síntoma de alarma nos lo dio la desaparición de una de nuestras naves cargueras. Se acercaba a Ompya después de realizar un viaje a un planeta de la constelación cercana cuando dejó de emitir. Tardamos cerca de dos años en encontrarla. Y eso fue gracias a que su emisor automático no había dejado de emitir su posición. Pero usted ya sabe cuán difícil es hallar un cuerpo minúsculo, comparativamente, en el espacio, aunque éste sea de dimensiones planetarias y contando con los más eficaces detectores.

Loff asintió, esperando que el regidor continuase.

—Hace ocho años, después de dos de haberse perdido, localizamos al carguero. Encontramos a todos sus tripulantes muertos, excepto a cuatro que no aparecieron por ningún rincón. Como no estaba la nave salvavidas, supusimos que habían escapado. Lo más extraño era que los tripulantes fueron asesinados por un ser provisto de grandes garras y fuerza descomunal.

—¿Cómo es posible que hayan llegado a esa conclusión después de tanto tiempo? Sólo debieron encontrar esqueletos...

—Los cadáveres estaban congelados, señor. Al parecer, al partir el navío salvavidas, la esclusa del hangar quedó abierta y el gélido ambiente sideral penetró.

—Comprendo. Siga, por favor.

—Este caso lo archivamos como algo indescifrable. Nos olvidamos completamente de él hasta que empezaron a suceder los hechos concretos en Ompya.

»Comenzó hace tres años tan sólo. Al principio no le dimos importancia, pero al incrementarse los casos consideramos que había llegado el momento de tomar las cosas en serio.

»Como supondrá, mayor, los ompyanos apenas sumamos más de veinte millones de seres, todos humanos. Descendemos de los veinte mil que llegaron aquí hace tres siglos para iniciar la colonización en un planeta increíblemente parecido a la Tierra y que carecía totalmente de vida inteligente. Por lo tanto, debido a nuestra escasez demográfica, nos valemos de robots para el cultivo de enormes extensiones de terreno. Nuestra agricultura alimenta a varias docenas de planetas totalmente industrializados y que carecen de ella en todo este sector. Tenemos controlado la totalidad del único continente del planeta por medio de nuestros sistemas automatizados de plantaciones, pero para el cuidado de ellas precisamos de humanos. Por lo tanto, a cada cierta distancia disponemos de unas bases de control regidas por personas.

»Pues bien, estas bases comenzaron a ser atacadas por seres extraños que destrozaron a los humanos que había en ellas. Digo destrozaron porque los desdichados presentaban todas las trazas idénticas a los tripulantes de la nave que fue dada por perdida hace diez años y encontrada hace sólo ocho. Unas garras enormes acabaron con sus vidas.

»Ahora ya sabe, mayor, por qué antes que nada mencioné el caso del carguero desaparecido y luego encontrado con su tripulación muerta, excepto cuatro individuos de los que sólo supimos apenas hace unas semanas.

Hasta entonces Loff había escuchado al regidor con un discreto interés, pero ante las últimas palabras, se sintió vivamente picado por la curiosidad.

—¿Quiere decir que encontraron a los cuatro hombres que faltaban a bordo? ¿Dónde estaba el salvavidas que faltaba de la nave-carguero?

El regidor negó con la cabeza.

—No fueron hallados a bordo del salvavidas, mayor. Una de

nuestras naves halló un pecio a unos trescientos mil kilómetros de Ompya. Se trataba de algo totalmente desconocido. Era como una nave, pero fuera de lo que hasta ahora conocemos. Dentro estaban los cuatro tripulantes que faltaban del carguero. Mejor dicho, sus esqueletos. Y sólo tres de ellos tenían puestos los trajes del espacio. A uno lo habían despojado del que, indudablemente, tenía que llevar puesto.

—¿Qué hicieron con la nave?

—Fue remolcada hasta el satélite-base. Allí fue embarcada en un transbordador hasta el puerto espacial de esta ciudad, en donde se encuentra después de ser examinada.

Loff arrugó el ceño. Empezaba a comprender que fuera requerido el Orden Imperial en Ompya. Ciertamente, estaban sucediendo cosas extrañas.

—Me gustaría echar un vistazo a esa nave. ¿Qué conclusiones sacaron sus técnicos de ella?

—Solamente pudieron afirmar que no procede de ninguno de los planetas conocidos de nuestra galaxia, mayor. Posee un mecanismo automático que la ha debido llevar a través de una ruta incomprensible para nosotros durante docenas de años. O tal vez siglos.

—Tiene que ser así. Para viajar a velocidad planetaria se requiere mucho tiempo para alcanzar una galaxia vecina.

—Bueno, es que pensamos que primeramente esa nave viajó a velocidad supralumínica, luego deceleró y continuó lentamente su recorrido.

—¿Qué destino han calculado que llevaba?

—Ninguno en concreto. Hemos registrado a fondo el computador. Es muy parecido a los nuestros. Creemos que estaba programado para conducir a la nave durante toda la eternidad por el cosmos sin detenerse por ninguna parte.

—Es absurdo.

—Más lo es si le digo que a bordo llevaba un ser.

—¿También estaba muerto?

—No apareció por ningún rincón. No sabemos cómo pueda ser, pero estamos seguros que la cabina de la nave estaba acondicionada para llevar a un ser de un metabolismo muy parecido al nuestro. Allí había un cultivador hidropónico y todos los elementos precisos

para la conversión del aire suficiente para el pasajero. Como sólo encontramos un lecho, suponemos que nada más se trataba de uno. Por cierto, el aire que generaba la cabina es igual al nuestro, mayor.

—Tal vez la nave procede de un lugar de la galaxia que durante la Primera Era fue colonizado por descendientes de la Tierra y luego, al caer el Gran Imperio, permanecieron aislados. Desarrollaron una cultura casi paralela a la nuestra, aunque con una técnica un poco diferente. Al cabo de los siglos, han decidido volver al hogar de sus mayores. Enviaron a un solo explorador y éste sufrió un accidente que...

Loff calló. Comprendió que sus divagaciones no iban por buen camino, cuando lo correcto era esperar a conocer todos los pormenores antes de arriesgarse a emitir una hipótesis.

—Ya sabemos la conexión que existe entre la desaparición del carguero y la extraña nave —sonrió Loff—. Ansió poderla inspeccionar, regidor, pero antes le ruego termine de contarme todo lo que sepa acerca de las inexplicables muertes que vienen sucediéndose en los territorios del este.

El regidor asintió.

—El primer caso sucedió en el lugar que conocemos por Montañas Verdes, cerca del río Andion, que están situadas en la costa más al este del continente y a unos tres mil kilómetros de esta ciudad. Paulatinamente los ataques fueron progresando, como si se tratara de una elaborada maniobra militar. El último caso conocido tuvo lugar hace dos semanas, después de pedir ayuda al Orden. Y sólo nos separan mil kilómetros de allí. Toda una colonia agrícola fue arrasada. Murieron más de doscientas personas.

—¿De qué murieron?

—Sorpréndase, mayor. Ya el enemigo no utiliza métodos salvajes como al principio. En lugar de un asalto irracional como al que nos tenían acostumbrados, ¡emplearon armas modernas!

Loff tuvo que guardar un respetable silencio para asimilar lo que le había dicho el regidor.

—Eso quiere decir que, indudablemente, son otros entes los promotores de la última agresión.

—Se equivoca. Yo pensaría igual que usted si no hubiera visto con mis propios ojos las huellas que los atacantes armados dejaron en la base. Eran iguales que las que encontramos junto a los

cadáveres destrozados por garras hasta entonces. Son los mismos seres que siempre, pero la única diferencia es que ahora han comenzado a emplear atomizadores o pistolas térmicas. Los muertos presentan evidencias de ambas cosas.

Loff presentó una sonrisa más desconcertada que burlona.

—Pero eso es imposible, mayor. ¿Pretende hacerme creer que esas alimañas se apoderaron de las armas de algunos guardianes, aprendieron a usarlas y ahora las utilizan para sus nuevos ataques?

—Nada de eso, mayor. Lo que usted llama alimañas nunca devoraron los cadáveres, por lo que no podemos considerarlas como tales. Y nunca faltaron las armas que esos desdichados portaban para defenderse.

El mayor se levantó. Anduvo unos pasos por el gabinete y se detuvo ante la ventana, mirando hacia el exterior. Desde allí se divisaba parte del puerto estelar y la unidad exploradora *Scorpio*, anclada en uno de los muelles. Se volvió hacia el regidor de Ompya y dijo:

—Creo que deberé comenzar una investigación detenida de todo este embrollado asunto. Me moveré mejor por ahí según mi criterio, si no le importa; pero necesito de una especie de guía que me acompañe siempre, además de un vehículo terrestre y otro aéreo. Espero que antes de una semana pueda emitir un juicio verosímil de todo esto.

El regidor se levantó también, diciendo:

—Por supuesto. Esperaba algo semejante y ya ordené que un «Lerme» le esperase fuera del edificio. Se trata de un aparato en el que se han combinado las ventajas de un bólido, avión y submarino. La misma persona que le servirá de guía será el conductor. La cabina admite hasta cuatro personas. Puede llevarse a algunos de sus hombres si lo desea.

—Estupendo. Me acompañará el sargento Yendo. Me gustaría empezar hoy mismo. Todavía quedan varias horas de sol.

El Regidor se acercó a su mesa de trabajo y apretó un botón. Segundos después, la puerta se abrió y entraba una figura caminando con pasos felinos.

Loff la miró y se quedó impresionado ante la belleza de la muchacha. Su cabello rojo enmarcaba un rostro sensual y su figura poseía las curvas en los lugares precisos. La recién llegada miró al

regidor esperando órdenes e ignorando la presencia de Loff.

Indicando al mayor, Ulf-Groe dijo:

—El mayor Loff Lumpell, jefe de la unidad exploradora, desea empezar inmediatamente un recorrido de inspección. Usted sabe, Duria, o al menos lo supone, los lugares que deseará ver primeramente.

—Sí, regidor. Su secretario me facilitó un informe detallado de los lugares donde se produjeron los ataques —replicó Duria. Sus grandes ojos verdes resbalaron sobre Loff, indiferentes—. Cuando guste, mayor.

Envarado, Loff indicó con un gesto a Duria que saliese ella primero. Después de despedirse del regidor, la siguió sin dejar de observar su grácil figura al caminar sobre unas piernas largas y esbeltas.

4

Loff estaba al lado de Duria en la cabina del vehículo. Detrás, el sargento Yendo, un gigantesco nativo de Castor III, parecía dormitar. Pero Loff sabía que el eficiente suboficial permanecía alerta con todos sus sentidos.

El «Lerme» era un eficaz medio de locomoción. Después de haber recorrido un par de centenares de kilómetros por las amplias y casi desiertas carreteras, Duria lo había hecho ascender hasta una altura de tres mil metros, explicando:

—En media hora llegaremos al lugar que últimamente fue atacado, mayor.

Loff, pensativo, tardó en escucharle. Se agitó y soltó una maldición, que hizo que la muchacha se volviese para mirarlo un poco sorprendida.

—Disculpe —dijo Loff—. Es que no comprendo cómo ustedes mismos no han logrado rechazar un ataque de esos seres o cazar a uno. Aunque no disponen de todo un ejército, sé que poseen una fuerza policíaca bien pertrechada. ¿Es que los puestos de control de los cultivos y bases no tenían hombres armados?

—Por supuesto que sí, mayor. Y también estaban rodeados, a partir de los primeros ataques, de un sistema eficaz de alarma. Ni una liebre hubiera podido infiltrarse sin ser descubierta.

—¿Cómo pudieron ocurrir, entonces, esas muertes?

—Los sistemas de detección fueron neutralizados. Ensayamos otros después y ninguno dio resultado. Incluso los centinelas apostados en torres de vigilancia murieron asesinados. ¿Le dijo el regidor que en el último ataque a la base que vamos a visitar, sus ocupantes fueron asesinados con disparos de armas térmicas y no a zarpazos?

Loff asintió. Duria añadió:

—Entonces comprenderá que estamos verdaderamente

alarmados. La población lo sabe y empieza a cundir cierto pánico. Algunas familias incluso han iniciado planes para marcharse de Ompya. Y eso tendrán que decidirlo antes de tres meses.

—¿Por qué en tres meses?

—Aquí sólo tenemos naves de alcance planetario, mayor —sonrió duramente Duria, como mofándose de la ignorancia de Loff o de su olvido tremendo.

El mayor se mordió los labios. Comprendía la mordacidad de la muchacha. Ompya dependía de una estrella enana que giraba a su vez alrededor de una gigantesca roja. En tres meses estaría el planeta tan alejado del núcleo de mundos industriales vecinos y que abastecía que sólo los navíos estelares podían realizar un viaje de medio año luz. No volvería a encontrarse en situación óptima hasta dentro de un año, cuando volviese a hallarse en el punto actual. Claro que ese detalle, para Loff, que disponía de una nave equipada con velocidad supralumínica, carecía de importancia.

Ompya producía alimentos que sólo podía vender durante seis meses, que era el tiempo que permanecía más cerca de sus vecinos. El resto del tiempo lo dedicaba a plantar las enormes extensiones de terreno y a recolectar las cosechas, esperando el momento adecuado en la órbita de su sol para iniciar un nuevo transporte masivo de las mercancías almacenadas.

—Debían de disponer de una flota carguera supralumínica —rezongó Loff.

—Elevaría los costes del transporte. Aún no hemos amortizado el gasto de las naves normales que tenemos. Pero ni aun todas éstas podrían sacar de Ompya a toda la población.

Loff la miró vivamente inquieto.

—¿Quién habla de abandonar el planeta?

—Ése es el rumor general. No crea que la gente de aquí es miedosa. Sería capaz de enfrentarse a cualquier clase de enemigo, si al menos supiera cómo es y le viera.

—Olvídense de una emigración en masa —cortó tajante Loff—. Durante tres siglos Ompya ha sido siempre un orgullo para la Tierra. No permitirá esta que su obra se venga abajo. Además, deben confiar en el Orden Imperial. ¿No hemos acudido tan pronto como solicitaron ayuda?

Ella emitió una sonrisa que Loff no supo interpretarla como

irónica o escéptica.

—Ojalá no se equivoque, mayor, y logre algo positivo pronto.

Loff, cansado de aquella conversación, cruzó los brazos sobre el pecho y miró al otro lado de la carlinga, hacia abajo. Estaban volando sobre unos interminables campos cultivados, cruzados por carreteras. En algunas de ellas descubrió varios convoyes de grandes vehículos de transporte. Duria adivinó lo que el mayor estaba viendo y le explicó:

—Van a las ciudades. Allí son almacenados los alimentos. Esos camiones son conducidos por robots. Pronto llegaremos a nuestro destino, mayor.

Minutos más tarde, el «Lerme» descendía sobre unas edificaciones de metal y plástico, describió un semicírculo alrededor de ellas y se posó sobre un prado a unos cincuenta metros.

Todo aquello parecía estar desierto. Cuando bajaron de la cabina, Duria dijo:

—No hay nadie desde que retiramos los muertos. Volverán los técnicos a trabajar en ella... cuando encontremos voluntarios —y empezó a caminar hacia la primera de las casas.

Era la mayor. Cerca de ella se levantaba una torre metálica de vigilancia. Al acercarse, Loff vio que su cúspide estaba achicharrada.

—El centinela que había ahí fue el primero en morir durante el ataque. Lo abrasaron sin darle tiempo a dar la alarma —dijo Duria señalando con el brazo la parte superior de la torre.

La muchacha, antes de entrar en la casa, hizo que el mayor y el sargento se detuvieran. Señaló el suelo delante de ellos.

—Vean las huellas de los agresores. Aquí el terreno es blando y las dejaron bien claras. Se sacaron moldes de ellas y los científicos llegaron a una conclusión que hizo que el regidor los llamase locos. Luego, cuando se convenció de que tenían razón, no tuvo más remedio que disculparse. Pero

Ulf-Groe

sigue sin creer firmemente en los resultados de las pruebas de estas huellas, mayor.

Loff se agachó y observó las huellas. Eran varias y en algunos lugares se confundían. No ocupaban mucho sitio porque enseguida el terreno volvía a ser duro. No consiguió identificarlas. Al menos él

no conocía en ningún planeta un animal que dejase semejantes marcas.

—¿Insinúa que quienes produjeron estas huellas dispararon con armas térmicas? —preguntó a la muchacha después de incorporarse.

—Al menos así lo debemos creer —asintió ella—. A la vista de éstas hemos vuelto a los lugares donde primeramente se produjeron los ataques y también allí vimos huellas como ésta, que aún las lluvias no habían conseguido hacer desaparecer. ¿Desea ver cómo quedó el interior del dormitorio? Allí murieron ocho hombres y siete mujeres. Quienes hicieron el descubrimiento, aún no han podido olvidarlo.

Loff negó con la cabeza.

—No es necesario. Me lo imagino —alzó la mirada y se fijó en unos postes metálicos coronados por una bola brillante al sol.

Hizo una señal al sargento, quien a espaldas de Duria tomó unas instantáneas.

Pero la muchacha lo vio y dijo mientras volvía al vehículo:

—No es preciso que se molesten. Disponemos de un buen número de fotografías y filmes de todos los lugares atacados. ¿Desea ver algo más hoy, mayor?

Después de entrar en el vehículo, Loff dijo:

—Sí. El puesto más cercano a éste. —Estudió un mapa de la zona. Los puestos agrícolas de mantenimiento de robots estaban señalados con triángulos verdes.

Duria miró el mapa por encima del hombro de Loff. El mayor percibió el perfume de la muchacha y notó sus senos apretarse contra su brazo.

—Si cree en los cálculos, y desea ver el puesto que teóricamente debe ser atacado, iremos al L87. Apenas está a unos veinte kilómetros de aquí —dijo Duria haciendo que el aparato se elevase.

Llegaron pronto al punto L87. Era muy parecido al que abandonaron, aunque allí enseguida vieron seres humanos.

El jefe de aquel lugar, Migh, salió a recibirles apenas descendieron. Loff le estrechó la mano y se fijó en los hombres y mujeres armados que estaban saliendo de los cobertizos.

Duria, ante el asombro de Loff, besó a Migh, preguntándole cariñosa:

—¿Todo bien? —Y enseguida comentó—: El mayor, al igual que muchos, supone que esto será el próximo objetivo de esos seres misteriosos, Migh.

Migh era un mocetón de encendido cabello rojo. Sus ojos claros miraron irónicos al mayor. Llevaba colgada al hombro una carabina térmica. Apenas debía contar más de treinta años, pensó Loff.

—Usted se ha dado cuenta del peligro que corremos, mayor, apenas ha llegado —dijo Migh—. Yo he enviado un informe al regidor exponiéndole mi temor y el de todas las personas que están conmigo. Le he pedido que nos envíe una compañía de guardias, de profesionales. Nosotros sólo somos aficionados a las armas. Yo he hecho lo que he podido para disponer una defensa eficaz, pero... Ya ha visto lo que sucedió a nuestros desgraciados vecinos. ¿Puede decirme cómo ha pensado también que nosotros vamos a ser la próxima víctima?

Loff, pese a que sintió una especie de resentimiento contra Migh cuando éste recibió el beso de Duria, olvidó aquello pronto y comprendió que delante tenía a un hombre valiente además de inteligente.

—Estudí el mapa, Migh —replicó Loff—. Los ataques comenzaron en un amplio frente que procedía de la costa. Parecen llevar dirección oeste y estrechándose, formando un ángulo cada vez más agudo... Y el vértice actual es este puesto.

Migh asintió satisfecho por lo que había oído. Volviéndose a Duria, exclamó:

—El mayor es un tipo magnífico, preciosa. Me alegro que haya venido. Se ha dado cuenta enseguida de todo.

—No de todo —sonrió Duria—. Ha visto las huellas y no ha dicho nada.

Migh miró al mayor mostrando un gran pesar.

—Oh, mayor. No me decepcione. Usted debió de identificarlas. Si no lo ha hecho es porque no ha pensado en un ser del tamaño adecuado para esas huellas, ¿no?

—Desde luego —replicó Loff, confundido—. Y me temo que mis conocimientos de zoología estelar sean amplios...

—Piense en animalitos más pequeños —insistió Migh. Pareció aburrirse súbitamente de ir con rodeos y, muy serio, añadió—: ¿Sabe cómo nosotros, los vigilantes de las bases, hemos denominado

a los asaltantes? Los llamamos... las ratas. Porque eso es lo que son las huellas. De ratas gigantescas, tan grandes o más que un ser humano. ¡Jimmy!

Loff vio acercarse a un hombre de mediana edad. Ya sabía cómo se llamaba por el grito que dio Migh. Saludó al mayor con una leve inclinación de cabeza. Al parecer lo había escuchado todo, pues empezó a decir:

—Soy el encargado de mantener libre de parásitos y plagas los campos cultivados, mayor. Utilizamos medios suaves para no romper el equilibrio ecológico. Desde siempre nos molestaron mucho las ratas de campo que infestaban estos lugares, pero decidimos no exterminarlas porque a su vez devoran otras especies más pequeñas y tan dañinas como ellas. Pero hemos conseguido hacer disminuir su número hasta un límite tolerable. Desde hace mucho tiempo, no nos causan problemas.

—¿Quiere decir que existen ratas en este planeta tan grandes como una persona? —inquirió Loff dispuesto a echarse a reír.

Jimmy le miró muy serio.

—Nada de eso. Déjeme terminar. Yo solo, mayor, he venido observando que el número de las ratas, que por cierto son de tamaño vulgar, apenas unos veinte centímetros de largo, iba disminuyendo, hasta el punto que otros colegas y yo interrumpimos su matanza prevista. Últimamente no se ven en absoluto. ¿Le dijo Duria que los científicos del regidor pensaron que las huellas eran de ratas gigantescas? ¡Pues no les creen! Por lo tanto, no me pregunte por qué no voy a la capital y cuento lo que pienso, mis descubrimientos. Todo el mundo está nervioso y nadie piensa como es debido. No quiero que me tomen por loco. Antes necesito pruebas concluyentes.

Loff aspiró profundamente.

—¿Está usted destinado en L87, señor Jimmy? —preguntó.

—No. Vivo en la ciudad. Si estoy aquí es porque al igual que Migh estoy seguro de que esto será atacado pronto y confío en poder matar a una de esas ratas y llevarla al despacho del regidor. Y hacérsela comer incluso —dijo alterado Jimmy.

El mayor se apartó un poco y anduvo unos pasos, mirando con viva curiosidad los dispositivos de defensa adoptados por aquella gente.

Las construcciones estaban rodeadas por una alta empalizada, que Loff pensó que sería electrificada al anochecer. Allí no había una sola torre de observación, sino ocho, situadas una de otra a unos treinta metros. Estaban provistas de proyectores de luz de gran potencia y espacio para dos personas. Delante de la línea electrificada, existía un espacio cubierto con planchas de metal que parecía formar un bastión defensivo que aún no comprendía.

Migh se le acercó.

Al parecer había calculado que el mayor estaba tratando de adivinar lo que era aquello.

—Cualquier ser viviente que pese más de veinte kilos pondrá en funcionamiento el sistema de alarma. Si los asaltantes son capaces de traspasar la empalizada, desde el interior de los dormitorios podremos poner al rojo vivo esas planchas e incluso incendiarlas. Así evitaremos que entren más enemigos. De los que estuvieran dentro ya nos encargaríamos nosotros.

—¿Sabe todo esto el regidor?

—Algo le hemos dicho, pero todo lo hemos conseguido con nuestro esfuerzo.

—¿Cuál es el problema?

—Somos pocos. Entre mujeres y hombres sumamos veintitrés. No podemos tener todas las torres toda la noche con dos personas, que es lo mínimo que hemos calculado para que la vigilancia sea eficaz visualmente. Los centinelas están provistos de lentes infrarrojos y supersensibilizadores auditivos.

Duria se acercó y tomó a Migh por el brazo, descansando en él.

—La cadencia de los ataques es tendente a acortar el tiempo entre uno y otro. Con la ayuda del computador de la central regidora, yo misma he sacado la conclusión que el momento en que las ratas ataquen está próximo, mayor.

Loff estaba ya rodeado por todas las personas libres de servicio del puesto. Hombres y mujeres le miraban expectantes.

Sintió sobre él la mirada clara de Duria que parecía apremiarle para terminar preguntando:

—¿Cuándo será el ataque, según usted, Duria?

—Esta misma noche, mayor.

5

Duria condujo al mayor Loff Lumpell a la unidad *Scorpio* cuando la tarde estaba dejando paso a la noche. Al pie de la gigantesca y esférica nave, Loff preguntó a la joven:

—Estudiaré esta noche los datos, señorita Duria. ¿Será usted tan amable de venir a recogerme a las ocho? Tengo la intención de visitar la costa este y...

—¿Le causaría mucha molestia esperarme hasta las nueve, mayor?

—No, ninguna. Me es igual retrasar la salida una hora. ¿Algún inconveniente?

—No regresaré de L87 hasta las ocho y media.

Loff miró a la muchacha como si no hubiese entendido sus palabras.

—¿Quiere decir que va a volver allí?

—Sí.

—¿A pesar que han calculado, según su teoría, que será esta noche cuando sus famosas ratas asalten el puesto?

—No se puede dejar a Migh solo precisamente esta noche.

Después de pensarlo mucho, Loff preguntó:

—¿Qué es Migh para usted?

Ella fulminó a Loff con sus penetrantes ojos verdes.

—Esta noche será alguien que necesita de todos los brazos posibles para empuñar un arma. Si tenemos suerte podremos tirar a los pies del regidor una rata. Adiós, mayor.

Loff la vio alejarse hasta el «Lerme», montar en él y perderse luego entre las oscuras nubes. Lentamente, se introdujo en el ascensor en donde le esperaba el sargento Yendo.

—Lléveme a mi despacho ampliaciones de las fotos, sargento —dijo al suboficial.

—Sí, mayor.

El teniente de servicio acudió a darle la novedad. Loff le hizo algunas preguntas referentes al servicio y si todos los hombres habían vuelto del corto permiso concedido para ir a la ciudad. El teniente Grufh contestó que estaban todos y Loff se despidió de él encaminándose hacia su estudio.

Una vez acomodado allí estuvo tentado de llamar por vídeo al regidor, pero desistió de ello.

Durante largo rato estuvo pensativo, repasando los acontecimientos del día. Al parecer el regidor no había sido con él lo suficientemente franco. Había omitido consciente o no muchos detalles de todo aquel farragoso asunto. ¿Por qué no le había contado lo referente a la teoría de las ratas gigantes? ¿Acaso sinceramente no creía en tal teoría y se hubiera avergonzado a despertar la hilaridad en el mayor?

Llamaron a la puerta y el sargento Yendo penetró después de recibir el consentimiento de su superior. Llevaba en las manos una caja. Loff asintió y el sargento se dirigió a un rincón de la estancia, hacia una mesa sobre la cual había un aparato con una grande y plana pantalla.

Las fotografías tridimensionales de la base arrasada por los invisibles seres fueron dibujándose en la pantalla. Loff las miraba con gesto cansado, hasta que de súbito ordenó a Yendo que las volviese a pasar.

—Un momento —pidió Loff levantándose y caminando hasta la pantalla. Hizo la imagen más nítida y observó lo reflejado en ella. Se trataba de la entrada de la base. Sus ojos se posaron en los postes metálicos—. No los había en la base L87; al menos no los vi yo, Yendo.

—Yo tampoco, señor —replicó el sargento.

—Todas las instalaciones tienen trazas de haber sido incendiadas, los metales ennegrecidos, excepto esos postes. ¿Por qué? —musitó Loff.

Regresó a su silla delante de la mesa y pulsó un botón. Habló de inmediato por el comunicador con el teniente Grufh, diciendo:

—Deseo ver al enlace del regidor, teniente; es urgente.

Cinco minutos después, un hombre alto y delgado entraba en el estudio. Era un nativo de Ompya y se llamaba M-Mail

. Desde que llegó la *Scorpio* estaba a bordo para facilitar a los ocupantes de la nave del Orden todo cuanto pudiesen necesitar.

—Buenas noches, mayor —saludó el ompyano.

—Saludos, M-Mail. Le considero como un experto en bases agrícolas, pues tengo entendido que sirvió en ellas por varios años. ¿Es cierto?

—Sí, mayor. Pero no comprendo...

Loff le indicó la pantalla en la cual estaba proyectada tridimensionalmente la secuencia captada por el sargento.

—Dígame que son esos postes coronados por bolas brillantes.

M-Mail entornó los ojos y durante largo rato estuvo mirando. Al cabo se volvió hacia el mayor con expresión asombrada.

—No lo sé. Será algo nuevo. No estaban antes. Estoy seguro.

—¿No puede tratarse de algún sistema defensivo o de detección muy reciente,

M-Mail

?

—Pienso que no, mayor.

—Eso es todo, M-Mail, gracias. Puede retirarse.

Apenas el enlace se hubo marchado, Loff saltó de su silla y dijo al sargento:

—Dé aviso al oficial de servicio que disponga el estado de emergencia, sargento. Necesito a todos los oficiales en la sala de reunión dentro de cinco minutos.

El sargento estaba acostumbrado a obedecer sin hacer preguntas, pero en aquella ocasión sintió deseos de hacer alguna. Antes de salir del estudio del mayor le vio dirigirse a una alacena y sacar de ella una potente pistola térmica que se colocó al cinturón.

La noche era cerrada. Ompya carecía de lunas y Duria miró a través de la ventana, intentando taladrar con su mirada más allá de la zona inundada de luz procedente de las torres de vigilancia.

Migh se acercó a ella y la tomó por los hombros, diciendo:

—Hoy he cometido la más grande torpeza de mi vida.

—¿Por qué?

—Por haber permitido que volvieses. Debiste haberte quedado en la ciudad.

Ella se volvió. Trató de sonreír, pero fracasó y sólo le quedó una mueca preocupada en los labios.

—¿Y estar toda la noche sin dormir, pensando qué le puede estar pasando al loco de mi hermano?

En la habitación estaban los hombres y mujeres de la base libres de servicio. Aunque lo sensato era que estuvieran durmiendo, ninguno se sentía con deseos de hacerlo. La tensión era extrema en L87. Sobre las mesas estaban los restos de la comida, que aquella noche había sido un fracaso.

Migh miró por la ventana.

—Ahí fuera tienes el «Lerme». Tómallo y márchate, hermana tozuda.

Pero ella negó firmemente con la cabeza.

—Ya es medianoche. Lo que tenga que suceder sucederá dentro de poco.

Súbitamente se oyó un silbido en la habitación. Todos se incorporaron y miraron en silencio el transmisor situado en un rincón. Un hombre se acercó a él y movió un dial. Una voz surgió del aparato anunciando:

—Se aproxima un navío. Es pequeño. Llega muy despacio procedente del oeste.

—No pueden ser... ellos —musitó Duria.

Migh soltó una risa sarcástica, diciendo en voz alta para que todos le oyeran:

—A menos que hayan progresado tanto que ya dispongan de «Lermes» como nosotros.

Sus palabras hicieron que brotaran risas, que aunque nerviosas sirvieron para hacer disminuir la tensión.

—¿Qué tiempo tardará en llegar hasta nosotros? —preguntó el hombre al centinela que desde la torre de vigilancia había dado el aviso—. ¿Lleva indicios de descender?

Después de una pausa, el mismo centinela replicó:

—Está describiendo círculos, como si tratara de orientarse. No creo que tenga espacio por aquí para hacerlo... Ahora baja hacia el sur. Parece que se aleja... Desaparece por el bosque.

—¿Quién podrá ser? —murmuró Jimmy.

Migh se encogió de hombros. Miró la hora. Faltaban veinte minutos para efectuar el relevo. Tomó su fusil térmico y revisó la carga una vez más. De su cinturón pendían ocho cilindros de energía de reserva.

—Debemos prepararnos, amigos —dijo—. Es casi la hora de relevar a los otros. Creo que debimos haber dormido un rato.

—¿Por qué no lo hiciste tú, Migh? —le preguntó burlona una de las chicas, una rubia alta y esbelta, por la que Migh sentíase atraído desde hacía semanas, desde que la conoció.

Se llamaba Iris y Migh tenía la idea de proponerle un contrato matrimonial un día de éstos, si es que ella se lo exigía antes que nada. Decidió que le plantearía el problema apenas amaneciera. Sería una forma de celebrar el estar con vida para ver de nuevo el sol... y también llegar a la conclusión de que los cálculos del grupo respecto a las ratas estaban equivocados.

—Por la misma razón que tú, preciosa —respondió Migh mirándola sonriente—. ¿Te importaría acompañarme a mi torre?

—Estaría más segura abajo —rió ella—. Iré con Miriam, si no te importa.

—Claro que me importa, pero si así lo prefieres...

—Es lo mejor —dijo Duria burlona a su hermano—. No vigilaríais nada en absoluto.

El grupo empezó a tomar las armas cuando notaron un vivísimo resplandor procedente del exterior, al mismo tiempo que sonó la alarma general. Iban a precipitarse al exterior cuando Jimmy se les interpuso delante de la puerta, gritando:

—¡Quietos todos! Antes de salir debemos saber lo que está pasando. Es posible que si no nos ponemos nerviosos ayudemos mejor a nuestros compañeros que están fuera. Migh se precipitó al comunicador y conectó con todas las torres, preguntando:

—¿Qué pasa? ¡Contestad!

Varias voces respondieron al mismo tiempo y Migh seleccionó una de ellas al azar, quitando la conexión con las demás torres.

—¡Varias figuras se han acercado a la valla! Vienen del bosque... Son muchos, pero algunos han quedado muertos electrocutados... ¡Pero vienen más!

Migh tocó el hombro a un compañero, haciéndole gestos para que le siguiera. A los demás, ordenó:

—Voy a echar un vistazo. Vosotros no moveros de aquí; pero avisad a la ciudad lo que está pasando, que envíen ayuda urgentemente. Ha llegado el momento, pero esta vez no han conseguido sorprendernos.

Duria se dirigió al comunicador y buscó la frecuencia de la oficina policial de la ciudad. Después de desesperados esfuerzos se volvió abatida hacia Jimmy que la observaba.

—Es imposible. Este trasto parece haberse estropeado —dijo—. Uso la frecuencia de las torres y oigo ruidos de disparos e imprecaciones de los vigilantes.

—Nos han bloqueado, Duria —sentenció Jimmy—. Sólo nuestros compañeros, por estar cerca, pueden oírnos. Estamos aislados de los demás.

Mientras, Migh y el hombre habían alcanzado el exterior. Delante de ellos, a unos cincuenta metros, la valla metálica lanzaba destellos cegadores cada vez que una figura borrosa, alta y oscura se acercaba hasta allí para morir electrocutada. La zona iluminada por las luces procedentes de las torres descubría una numerosa muchedumbre de oscilantes seres que parecían correr de un lado para otro desorientados.

Migh ordenó al hombre que volviese al interior y dijese a los demás que saliesen y se dispersasen alrededor de la valla, ocupando sus parapetos especiales. Entonces Migh corrió hacia el más cercano. Medía medio metro de alto y era ancho, de acero y cemento. Se acurrucó tras él y miró a través de la mirilla, después de introducir por ella el cañón de su fusil.

Los seres habían dejado de buscar el suicidio acercándose a la valla y parecían retirarse al interior del bosque. De las torres los vigilantes disparaban sin cesar contra ellos, abatiéndolos en la retirada.

Duria acudió corriendo. Llevaba su arma térmica y se agachó a su lado, mirando por encima del parapeto.

—Parece que esta vez no se van a salir con la suya, Migh. Les hemos dado fuerte, ¿eh?

Migh arrugó el ceño y respondió:

—No te confíes. A mí todo esto no me gusta nada. Volverán.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Hasta ahora se han preocupado mucho por permanecer en el anonimato. No se conformarán con marcharse dejando evidencias de su existencia.

Duria le miró con expresión incrédula.

—¿Es que los supones tan inteligentes como para pensar que

tienen un plan de ataque preconcebido hasta tal extremo?

Migh iba a responder cuando los hechos lo hicieron por él. De las torres había cesado el fuego al no haber enemigos vivos contra los que disparar. De pronto una de éstas, la más cercana a ellos, apareció rodeada de un halo brillante y rojizo. Los jóvenes presenciaron llenos de horror cómo los dos hombres que había en ella se agitaban en medio del fuego frío que los cubría. La escena de aquella forma sólo duró escasos segundos. El resplandor rojo cesó de súbito y en su lugar quedó una informal conglomeración de metales retorcidos... y dos cuerpos humeantes, negros.

—Ha venido del bosque —dijo Duria roncamente.

—Volverán al ataque pronto... —rezongó Migh. Iba a agregar tan pronto como inutilizaran la valla.

No fue necesario que lo dijera, las siguientes descargas eclosionaron en la pared electrificada. Se produjo el cortocircuito y en unos minutos docenas de metros de defensa quedaron desmantelados.

Migh dijo a Duria que regresase al interior y activase las planchas, y que luego ordenase a los que estaban en las torres que bajasen de ellas cuanto antes.

Duria desapareció dentro de la edificación y Migh vio, instantes después, cómo varias personas corrían hacia el interior de la base desde las torres. Fue a tiempo. Diversas descargas a intervalos regulares las fueron destruyendo lenta pero inexorablemente.

Los hombres y mujeres se concentraron alrededor de Migh. Todos estaban desconcertados y Migh les dijo que debían buscar refugio detrás de los parapetos de cemento. Al parecer el metal era material muy fusionable a la acción de la desconcertante arma enemiga.

Duria regresó anunciando que las planchas estaban activadas. Apenas se hubo resguardado tras el parapeto de Migh cuando del bosque aparecieron centenares de figuras difusas a la luz procedente de los edificios. Al estar destruidas las torres con sus proyectores, los alrededores apenas estaban iluminados.

Migh forzó la vista e intentó distinguir a los atacantes. No lo consiguió. Se movían rápidamente, avanzando veloces hacia los humanos.

Cuando alcanzaron las plataformas metálicas que durante el

primer ataque cruzaron inofensivamente, los asaltantes se vieron inmovilizados sobre ellas. Se convulsionaron y soltaron horripilantes gritos de dolor cuando sus carnes empezaron a ser devoradas por la alta temperatura del metal.

Pero eran muchos y algunos seres empezaron a saltar sobre los que se consumían en vida en medio de aquel calor mortal. Entonces los defensores dispararon sus armas y los abatían con aparente facilidad.

Después de aflojar la presión sobre el disparador de su arma térmica y abatir a varias de aquellas figuras, Migh graznó entre dientes:

—Ésa es nuestra última defensa. Si hacen con ella lo mismo que con la empalizada...

Pero del bosque seguían afluyendo criaturas que corrían hacia la zona de fuego ciegamente. Aunque algunas, al llegar cerca, se detenían, las que venían detrás las empujaban y todas terminaban por caer en la trampa.

De nuevo el ataque cesó tan súbitamente como se había iniciado. Pasaron unos minutos tensos y los defensores vieron helados cómo del bosque volvía a surgir la misteriosa fuerza que eclosionaba sobre las planchas. Al igual que antes en las torres, el metal se agitó, se dobló y marchitó como una flor.

Migh se incorporó y gritó con todas sus fuerzas a los hombres y mujeres que entrasen en la principal edificación. Era de cemento y metal y confiaba en que resistiría algún tiempo.

Dentro, Migh se secó el sudor con el dorso de la mano y preguntó a Duria si el regidor le había contestado que la ayuda iba a llegar pronto.

La muchacha miró a su hermano como si estuviera muy lejos. Desviando los ojos, respondió.

—No pude pedir ayuda. El transmisor no funciona.

Migh bajó la mirada y apretó los puños. Se rehízo de la noticia y se acercó a una ventana, colocándose al lado de otros defensores.

—Al menos confío en que dejaremos suficientes testimonios para que los cretinos de las ciudades consideren que el peligro es mucho peor de lo que suponen —dijo sintiendo un seco sabor en la garganta.

Más allá de las alambradas, los seres se reagrupaban. Jimmy dijo

sobre el hombro de Migh:

—Evidentemente, son ratas gigantescas. No hay duda alguna.

Migh se volvió y preguntó a Jimmy:

—¿Qué opinas de todo esto? ¿Crees que saldremos bien?

—No. Necesitaríamos atomizadores de gran potencia, de esos que disparan ininterrumpidamente cubriendo un extenso campo de fuego. Pero no los tenemos. Y nuestras reservas de energía para los fusiles térmicos son escasas ya.

Los asaltantes rodeaban la edificación donde los defensores se habían refugiado. Avanzaban hacia ellas en apretadas masas. Parecían disponer de ilimitadas reservas de guerreros. Pero Migh aguzó la vista y comprobó que lo que ahora se acercaban a ellos se diferenciaban sustancialmente a los primeros en que portaban extraños elementos en sus cortos y delgados brazos. Parecían armas. El próximo ataque, que llevaba las trazas de ser definitivo, se iba a desarrollar bajo un aspecto totalmente distinto.

Los defensores no necesitaron la orden de su jefe, Migh, para abrir fuego. Lo hacían nerviosamente, conscientes que sus minutos de vida estaban contados.

Las gigantescas ratas se desplomaban bajo el desenfrenado fuego, pero seguían avanzando indiferentes a la muerte de sus compañeros.

Cuando todo parecía estar perdido para aquel grupo de humanos y los asaltantes, encontrándose a una distancia inferior a los cien metros comenzaban a disparar sus armas térmicas, de lo profundo de los bosques surgieron unos destellos de luz y muerte, que si al principio hizo pensar a los defensores que se trataba del definitivo ataque, pronto cambiaron de opinión.

A docenas, a cientos, las ratas empezaron a caer fulminadas bajo la definitiva acción de los atomizadores accionados desde el exterior.

—¿Qué está ocurriendo? —dijo Migh. Miró a Duria y preguntó —: ¿No me aseguraste que no pudiste pedir ayuda?

La muchacha asintió y se asomó por la ventana. Las ratas retrocedían hacia los bosques, perseguidas por el constante rayo que las iba fulminando.

—Esas armas sólo las tienen los soldados del Orden —dijo Jimmy.

Los vieron aparecer cuando por los alrededores no quedaba un solo asaltante vivo. Eran varias docenas de hombres embutidos en sus uniformes negro y plata los que corrían hacia la casa sitiada, cuya puerta fue abierta prestamente por sus ocupantes.

El primero en entrar fue Loff, quien miró ansiosamente, escrutando todos los rostros hasta descubrir el de Duria. Entonces la tensión preocupada que lo desfiguraba se relajó.

Migh se le plantó delante, impidiendo inconscientemente con su acción que el mayor se acercara a la muchacha. Loff sentía ardientes deseos de estrecharla, de asegurarse que nada le había ocurrido.

—Ha llegado justamente a tiempo, mayor —dijo emocionado Migh—. ¿Cómo ha venido?

—Ya no hay duda que era suya esa nave que descubrieron los vigías antes de empezar el ataque, ¿no?

Loff asintió. Dejó de mirar, a su pesar, a Duria y dijo:

—Sí. Localizamos cerca de aquí un claro extenso para posarnos y llegamos tan pronto pudimos. Lamento haberles estropeado una gran parte de sus cultivos.

Loff no deseó hacer ninguna broma, pero su disculpa fue tomada como tal y los defensores rompieron en carcajadas.

—Díganos de una vez qué le ha hecho venir, mayor —apremió impaciente Migh.

—Lo descubrí apenas me entregó el sargento unas fotos tridimensionales. Se las enseñaré enseguida, tan pronto nos aseguremos que esos demonios no volverán.

6

Traoll se agitó convulsivamente, giró alrededor del gigantesco cubo dentro del cual veía huir las hordas de seres al interior del bosque perseguidas por los densos rayos de calor del inesperado refuerzo.

No sentía ningún sentimiento por los que habían muerto y estaban muriendo. Aunque había obtenido de ellos grandes resultados, Traoll aún no estaba satisfecho de los resultados obtenidos.

Estuvo tentado de ordenar a su ejército que regresase y muriese en el campo de batalla, para que purgaran su falta de iniciativa propia ante la última y no esperada intervención de los humanos.

Pero decidió que debía ocuparse de otras cosas más importantes. Los abandonó en la fuga, sintiéndose seguro que muchos volverían a la guarida. Y si no lo conseguían peor para ellos.

Despacio, Traoll se reintegró a su asiento desde el cual dominaba ampliamente toda la vasta sala desde la cual gobernaba su insospechado imperio subterráneo.

Debajo de él, cientos de seres de apariencia igual a la suya, pero de un intelecto aún muy inferior, se movían entre complicados aparatos. Ellos podían encargarse de guiar a los fugitivos hasta el refugio de nuevo, mientras que él se dedicaba a meditar sobre los acontecimientos.

Traoll quería descubrir el fallo cometido. Hasta ahora todos los ataques habían constituido un éxito clamoroso. Los humanos fueron siempre sorprendidos en sus aisladas bases, y cuando alguno de sus soldados murió en el asalto, nunca hubo problemas para retirar sus cadáveres e impedir así dejar evidencias.

Ahora iba a ser distinto. Los humanos ya iban a saber que en el planeta tenían un enemigo potencial que los estaba combatiendo con saña.

Pero Traoll llegó a la conclusión de que no podía sentirse

defraudado pese al pequeño incidente ocurrido. En un espacio de tiempo que los humanos calculaban como diez años, desde su arribada al planeta, había trabajado de firme y los resultados podían llenarle de orgullo.

A su llegada su ego se sintió humillado al comprobar que si allí vivían humanos gozando de un nivel técnico bastante notable, sus hermanos aún vagaban por los campos alimentándose de los desperdicios de los seres de piel sin vello. Todavía no habían alcanzado un tamaño como el de Traoll y su raza, pero no había duda de que pertenecían a la misma especie.

Traoll estuvo oculto durante muchas jornadas, hasta que encontró un refugio en las montañas. Eran unas antiguas grutas que lentamente al principio fue acondicionando, y que cuando contó con ayuda suficiente amplió hasta el estado actual.

Después de construir un evolucionado celular con toda urgencia, capturó a uno de aquellos semejantes suyos aún en estado salvaje. Tras unos fracasos iniciales, consiguió que aquellas criaturas crecieran en tamaño e intelecto, aunque esto último nunca alcanzó un grado semejante al suyo. Pero era suficiente por el momento. El siguiente paso fue capturar a todos los attolitas que por miles, millones, vagaban por el continente. Necesitó de más evolucionadores y entonces empezó a precisar material. El que usó de la nave que dismanteló se había acabado.

Los campos estaban plagados de bases humanas para el cuidado de los cultivos. Estaban aisladas y Traoll pronto halló sus puntos vulnerables. Disponían de elementos electrónicos y aparatos de comunicación para pedir ayuda en el caso requerido.

Traoll construyó un dispositivo que interfería las posibles llamadas de los humanos y entonces ordenó a sus huestes que las atacasen. Los primeros ataques quiso que fueran llevados sólo por la fuerza natural de sus seres. Luego él elegía los elementos precisos. Para desorientar a los humanos, prendió fuego a las instalaciones. Así ellos nunca sabrían que el motivo de tal destrucción era el saqueo de los elementos electrónicos. Así fue hasta que Traoll pudo fabricarse él mismo todo el material que precisaba.

Pero decidió que los ataques prosiguiesen según el sistema primitivo de sorprender a los humanos y matarlos a dentelladas y zarpazos, hasta que de sus talleres comenzaron a salir armas

térmicas.

Al llegar a tal extremo en sus pensamientos, Traoll se preguntó si en aquello no era en donde él se había equivocado. Tal vez no debió usar su secreto tan pronto. Había alertado a los humanos. Contaba con que los postes de detección y provistos de lentes visores eran suficientes para conducir a sus soldados durante el ataque. Había comprobado que no era así. Los humanos eran astutos y cada vez empleaban medios defensivos mejores. La última base atacada había usado cosas que hasta entonces ninguna de las anteriores utilizó. Claro que de todas formas hubieran sucumbido de no ser por la inesperada ayuda recibida.

Traoll sabía que los humanos que vivían en las ciudades habían solicitado ayuda a otros planetas, y que una gran nave había llegado allá. No era como las locales, que sólo servían para navegar a velocidades planetarias. La recién llegada disponía de elementos para viajar a mayor velocidad que la luz. Tendría que pensar una forma rápida de anular el poder que parecía emanar del navío esférico de donde habían salido los humanos que salvaron la base. El attolita conocía también, gracias a su sensacional sistema de vigilancia esparcido por todo el continente, que los humanos residentes en el planeta habían encontrado hacía unos años su vieja nave y la tenían guardada. Estaba seguro de que en ella no iban a encontrar ningún indicio que le pudiera ser perjudicial ni saber de dónde procedía y cuáles eran sus intenciones. Pero de todas formas siempre le había preocupado aquello. Decidió que debía destruirla al igual que la nave lumínica.

Traoll tenía sembrado todo el continente de postes visores y lanzado al espacio algunos satélites minúsculos que sabía iban a serles utilísimos un día, cuando decidiese dar el golpe definitivo a los humanos para apoderarse del planeta.

Y aquel día ya estaba cercano.

Volvió a mirar hacia el cubo, que aún reflejaba un sector delante de la base. Estaba amaneciendo ya y de las casas salían humanos. Había muchos de ellos vestidos de negro y plata. Uno de los así uniformados señaló de forma que parecía indicarle a él mismo. Traoll comprendió que había descubierto el poste desde donde el visor le enviaba las imágenes.

Traoll torció su gran boca. Ahora comprendía por qué los

humanos le habían sorprendido con aquella inesperada ayuda a los sitiados, haciendo fracasar el ataque. Al final se habían dado cuenta que los postes era una cosa puesta allí por alguien que no era de los suyos.

Por el cubo avanzó un grupo de humanos que agarraron algo y la imagen quedó borrada enseguida. Traoll pulsó otros botones y los restantes visores entraron en funcionamiento. Pero ya los humanos estaban procediendo al desmantelamiento de todos.

Traoll hizo un movimiento que para los hombres podía parecer como encogimiento de hombros. Le daba igual. Su poder era mucho más grande de lo que los humanos podían imaginarse. Aún disponía de muchas bazas que utilizar.

Hasta él llegaban por los micrófonos de los postes supervivientes las voces sorprendidas de los humanos. Traoll las entendía porque había tenido tiempo de estudiar el rudimentario lenguaje de aquellos seres. Pero no tuvo tiempo de interpretar los sonidos.

El cubo había quedado vacío y silencioso.

El odio de Traoll hacia los rills aumentó aún más.

Porque para él, los humanos del planeta llamado Ompya eran rills, la odiada imagen de piel tersa que siempre aborreció y por cuya causa fue expulsado de su patria.

Loff se mostró complacido cuando centenares de postes fueron arrojados a sus pies por sus propios soldados y los hombres de la base.

—Los llevaremos a analizar a la *Scorpio* —dijo el mayor.

—¿Sólo por estos postes pensaste que estábamos en un aprieto? —preguntó Duria.

Loff la miró. Ella había empezado a tutearle. Y aquello le gustaba. Mucho más de lo que podía imaginarse desde que se enteró que Migh era su hermano y no su esposo o amante. A Loff nunca le habían atraído los conflictos sentimentales entre tres personas.

—Sí. Los que los pusieron son listos. Se confunden con el resto de las instalaciones. En la base destruida había varios y ninguno de vosotros os disteis cuenta. Cuando el sargento me llevó las fotos llamé a

M-Mail

y le pregunté para qué servían los postes. Me extrañó mucho que no me dijera cuál era su utilidad, ya que pensé que debía de tratarse de

alguna clase de defensa.

M-Mail

me aseguró que nunca habían estado.

—Puedo jurar que ayer por la mañana aún no estaban —dijo Migh.

—Debieron de colocarlos al atardecer, antes que nosotros llegásemos —replicó Loff.

—Es imposible que lo hicieran sin que los vigías lo descubriesen.

—Pues lo hicieron. De alguna forma lo hicieron —sentenció Loff—. Aquel detalle de los postes me hizo pensar que podía tratarse de un indicio que anunciase el ataque que ustedes temían, y en el que yo no creía, para la noche.

Duria se acercó al sargento y le plantó un sonoro beso en las curtidadas mejillas.

—Esto por captar los postes en sus instantáneas, Yendo.

Todos rieron y unos soldados se acercaron al mayor. Le comunicaron que varios de los cadáveres ya estaban instalados en los ataúdes frigoríficos y todo dispuesto para la marcha.

—Tenemos que ir caminando hasta donde dejamos la nave auxiliar. Es demasiado grande para hacerla posar aquí —dijo Loff. Y a Duria—: ¿Vienes conmigo? Te necesitaré en la ciudad. Aún preciso de un guía.

Duria asintió, diciendo que el «Lerme» podía quedarse en la base.

—¿Qué piensa hacer ahora que ya estamos seguros que nos enfrentamos con un serio peligro, mayor? —interrogó Migh—. Aunque no sabemos de dónde provienen esas ratas gigantescas conocemos que su actitud bélica no parará aquí.

—Hablaré con el regidor y se lo expondré todo. Luego me pondré en comunicación con el alto mando en la Tierra. Solicitaré el envío urgente de toda una flota bien armada y algunas divisiones de infantería.

—¿Una guerra total, mayor? —sonrió Iris—. Aunque anoche pasé un buen susto creo que exagera un poco.

—No, Iris —negó con la cabeza Jimmy—. Esto es mucho más serio. Anoche fuimos atacados por centenares de ratas gigantescas, que tienen y saben usar armas modernas. Y eran sólo una insignificante porción de las que esperan el momento para atacar en

masa. Ojalá lleguen a tiempo las tropas y naves que dice el mayor que va a solicitar.

—¿Cómo pueden existir esas ratas en un número tan inmenso, Jimmy? —protestó Iris—. ¿Dónde pueden esconderse?

—Donde pueden ocultarse no lo sé; pero sí sé que desde hace tiempo no se ve ninguna de las que estábamos acostumbrados a ver en los campos robando nuestras cosechas. Si estas ratas normales eran millones, aunque no peligrosas, nuestros actuales enemigos son ahora también millones.

Ninguno de los que escucharon a Jimmy pudieron reprimir un gesto de asombro y terror al mismo tiempo.

Loff se entrevistó con el regidor apenas llegó a la capital.

Ulf-Groe miró en silencio durante largo rato los cadáveres congelados en los ataúdes. Loff le vio palidecer intensamente y apenas pudo entender las palabras que musitó.

—Usted siempre creyó en el peligro, pero no comprendió toda su magnitud, regidor —dijo Loff—. Ojalá estemos a tiempo de evitar una completa catástrofe. Pero existen hombres que intuyeron algo parecido a la realidad y gracias a ellos ahora puedo mostrarle estos seres.

—No pueden ser de este planeta... —musitó el regidor.

—Alguien opina lo contrario.

—¿Quién es?

—Se llama Jimmy. Por su cuenta hizo unas investigaciones. Los hechos han demostrado que tenía razón. Él piensa que estas ratas gigantescas no son otra cosa que las vulgares de los campos, que por alguna razón aún desconocida por nosotros, han evolucionado hasta alcanzar nuestro mismo tamaño y una inteligencia parecida.

—Eso no puede ser...

—De momento no tenemos otra explicación. Ahora le agradecería que ordenase el regreso a las ciudades de todos los grupos de agrónomos que están esparcidos por el continente. Esos hombres y mujeres corren un serio peligro. Están aislados y carecen de armas adecuadas para defenderse de un ataque. Ya sabemos que las ratas anulan las comunicaciones impidiéndoles solicitar ayuda.

El regidor salió de la estancia donde estaban depositados los cadáveres. Loff le siguió.

—Abandonar los campos supondría un grave riesgo de perder las

cosechas, mayor.

—Las vidas humanas valen más. Yo he ordenado a las naves auxiliares de la *Scorpio* que patrullen las zonas que suponemos están infestadas de ratas. Así suplirán la vigilancia de las bases. No pierda tiempo en enviar «Lermes» a recoger a todos los grupos. Deseo que las personas que están en el L87 vengan a la capital. Saben bastante acerca de las ratas ya, sobre todo Migh y Jimmy. Quiero tenerlos junto a mí.

—De acuerdo, mayor —asintió el regidor—. Se hará como dice. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Mis técnicos están tratando de establecer contacto por láser con la Tierra. Tan pronto lo tengan pediré un ejército completo. Volveré esta noche para perfilar un plan defensivo hasta que las fuerzas lleguen, regidor. Deseo que estén presente Migh y Jimmy, además de todos sus ediles y científicos. Después iremos a echar un vistazo a esa extraña nave que encontraron en el espacio hace unos años.

—¿Supone que puede tener alguna relación con todo esto?

Dirigiéndose hacia la puerta, Loff replicó:

—Me temo que sí.

7

La voz surgió del comunicador situado sobre la mesa de Loff, diciendo:

—Dentro de treinta minutos estableceremos contacto con la tierra, mayor.

—¿Por qué tanta demora?

—Existen tormentas magnéticas solares y ha sido preciso montar un proyector láser suplementario sobre la *Scorpio*, señor.

—Avíseme tan pronto tengan establecido el contacto —y Loff apagó el comunicador.

Se volvió hacia las personas que estaban frente a él. En primer lugar, el regidor

Ulf-Groe

, acompañado de sus secretarios y jefes de departamentos técnicos. Junto a éstos, varios de los miembros de la base L87, que apenas hacía una hora habían llegado al puerto estelar procedentes del este. A ambos lados de Loff permanecían quietos y expectantes algunos de sus oficiales y el sargento Yendo.

—Señores, ya todos conocen los sucesos. Jimmy sostiene que las ratas que nos atacaron demostrando una gran inteligencia y portando armas térmicas son las mismas que hace años rondaban por los campos. Resumiendo, que han evolucionado prodigiosamente y alcanzado un estadio intelectual cercano al nuestro..., al menos. Naturalmente que esta hipótesis puede ser debatida y con razones concluyentes. Yo tampoco creería en ella si no me hubiera tenido que enfrentar a esas que estuvieron a punto de matar a los humanos de la base L87. Además, todos han visto los cadáveres y algunas de las armas que llevaban.

Un científico de Ompya se incorporó y dijo:

—No podemos negar la evidencia de que esas ratas gigantescas

existen, pero la desaparición del planeta de las normales nunca puede indicar que la presencia de las gigantescas es un producto de una insospechada evolución.

—¿Dónde están entonces las que siempre intentaban comerse nuestras cosechas? —espetó iracundo Jimmy.

—Eso debe saberlo usted, amigo —respondió el científico—. Usted tenía a su cargo la destrucción de las ratas de campo cuando su número era grande. ¿No se habrá excedido en el exterminio?

—Dejemos este punto por ahora —pidió Loff—. Si los atacantes no son ratas comunes superevolucionadas, ¿qué pueden ser? ¿Una invasión?

—Es una idea más verosímil —dijo el regidor—. Pero ahora lo que nos interesa es conjurar el peligro y...

—Exactamente —exclamó Loff—. Primero organicemos las defensas de las ciudades, de las carreteras y todos los puntos que sean estratégicos hasta que lleguen las naves del Orden. Mientras que no haya un ejército completo en Ompya sólo podemos adoptar una postura defensiva. Después llegará el momento de pasar a la ofensiva.

—¿Qué pretende, mayor? —preguntó suspicaz el regidor.

Loff le miró fijamente cuando respondió:

—Tomar el mando del planeta, que las fuerzas policiales locales se pongan bajo mis órdenes.

El regidor saltó de su asiento, con el rostro encendido.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Es necesario una disposición del Alto Mando del Orden para que un planeta sea ocupado militarmente.

—Lo solicitaré cuando se establezca comunicación con la Tierra. Mientras tanto consideremos la situación como si ya tuviera yo en mis manos el correspondiente permiso, regidor. Así será hasta que el Alto Mando rechace mi propuesta o venga la flota con un almirante al frente.

—Esto es inaudito...

—Sé que corren rumores de que un buen sector de la población desea tomar las naves y marcharse de Ompya antes que su trayectoria haga que los cargueros planetarios sean inútiles por algún tiempo. No podemos permitir que cunda el pánico. Tengo

datos y sé que las naves de que disponen apenas pueden transportar a cien mil personas en un solo viaje. ¿Qué pasaría con los veinte millones restantes?

Loff calló y miró los rostros serios de los nativos presentes. Añadió:

—Sean cuales fueren las instrucciones que recibiré de la Tierra dentro de un momento, desde ahora dispongo que todos los cargueros del planeta se concentren en este puesto estelar y sus dotaciones queden bajo mando militar. Las armas existentes serán concentradas en lugares estratégicos y con ellas se armarán a todos los voluntarios que se presenten. Quiero que mañana mismo toda la población sepa lo que sucede y las decisiones que en esta reunión serán acordadas, además de...

Loff calló, al tiempo que un rumor sordo parecía proceder del techo. Todos miraron hacia arriba. Una ligera vibración corrió a través de toda la nave *Scorpio*.

Inmediatamente, las luces parpadearon y se tornaron rojas por unos segundos, al tiempo que un estridente ulular recorría los niveles de la unidad exploradora.

Una voz gritó desde el comunicador de emergencia:

—Ataque inesperado a la unidad, mayor.

—Zafarrancho de combate —respondió Loff—. Accionen el escudo protector y cierren las compuertas.

Duria salió del grupo capitaneado por su hermano y preguntó a Loff:

—¿Qué sucede? ¿Cómo es posible que hayan sorprendido a la *Scorpio*?

Loff, muy pálido, salió de detrás de la mesa y cruzó por entre los ompyanos. Sus oficiales le siguieron y al llegar al corredor, cada uno corrió hacia su puesto de combate.

El mayor tomó el elevador y en unos segundos estuvo en el puente de mando. Un capitán corrió a informarle:

—Han destrozado la antena supletoria de la cúspide, señor.

Loff se mordió los labios.

—¿Se llegó a establecer contacto con la Tierra? —preguntó.

—No hubo tiempo, mayor —respondió un técnico con faz desolada—. Todo ha quedado derretido...

Miró las pantallas que captaban los alrededores del puerto

estelar. De vez en cuando la imagen quedaba en blanco, cada vez que una nueva descarga energética se estrellaba ya inofensivamente contra la pantalla protectora. Pero a varios centenares de metros estaban docenas de naves de Ompya que sistemáticamente iban siendo destruidas.

—¿Han dispuesto que la barrera alcance hasta la misma base de la unidad? —preguntó Loff mirando preocupadamente la destrucción que se estaba llevando a cabo delante de sus propias narices.

—No, mayor... —replicó el capitán quedamente—. El ataque procede desde un punto orbital situado a unos dos mil kilómetros. Ahora están tratando de localizarlos y...

—¡Maldición! —estalló Loff—. No traten de economizar energía ahora. La pantalla debe cubrir a la *Scorpio* hasta su último tornillo.

Aún el capitán no había dado dos pasos para cumplimentar la orden de Loff cuando todo el piso se estremeció y algunos hombres rodaron hasta tropezar con las paredes. Inmediatamente sucedió una repentina elevación de calor.

Mientras se incorporaba, Loff comprendió lo que había ocurrido. Él ya lo sabía cuándo una trémula voz anunció:

—Incendio térmico elevado en los primeros niveles, señor.

Tronó el intenso ulular de la sirena y Loff salió del puente. En el pasillo se tropezó con una brigada de salvamento, que como él, se dirigía hacia los niveles inferiores de la nave. Los hombres se dejaron caer por los pozos y en unos segundos llegaron hasta cerca de la tragedia.

Allí el calor era intenso y los congeladores habían sofocado ya en parte el incendio. Planchas de acero aparecían retorcidas. Instantes antes habían estado al rojo blanco, víctimas de la explosión térmica.

Loff sólo estuvo allí unos instantes, lo justo para llegar a la estremecedora conclusión de que la *Scorpio* había dejado de existir como unidad exploradora del Orden capaz de cruzar los espacios estelares a velocidades superiores a la luz.

Con la llegada del día, la visión que se ofrecía a su vista era simplemente desoladora.

El ataque térmico apenas duró treinta minutos, pero tuvo la suficiente intensidad como para destrozar todas las naves carguero

del puerto y dañar seriamente a la *Scorpio*.

A cierta distancia de la unidad, Loff contemplaba los trabajos de la brigada de reparaciones. Esperaba el dictamen de los técnicos, aunque él ya se había hecho una composición que temía llegara a ser cierta.

Ya sabían que el ataque había procedido de unos satélites, hasta ahora desconocidos, situados a cinco mil kilómetros de Ompya. Al parecer estaban equipados por proyectores de energía térmica concentrada, además de lanzadores de proyectiles subterráneos, los cuales fueron los que destrozaron los sistemas propulsores de la *Scorpio*.

Loff, cuando aún no habían pasado los satélites sobre su vertical, tenía en sus manos su trayectoria, facilitada por los equipos detectores.

Cinco horas después, cuando volvieron a la posición que tenían durante el primer ataque, el sistema defensivo de la unidad entró en acción.

Aun condenada a permanecer en tierra, la *Scorpio* seguía siendo una máquina terrible de destrucción.

Bastaron dos andanadas de proyectiles autodirigidos para que la amenaza desapareciera.

Pero el enemigo podía considerarse satisfecho de los resultados del insospechado ataque. Cerca del cincuenta por ciento de las naves mercantes del planeta estaban inutilizadas, amén de que la *Scorpio* necesitaba unas reparaciones tan profundas que Loff temía no fuesen posible de efectuar en Ompya. Y lo peor de todo era que no habían tenido tiempo de conectar con la Tierra. La antena supletoria fue arrasada junto con toda la cúspide de la nave de guerra.

Loff alzó la vista hacia el cielo. Vio a varias de las naves patrulleras vigilar desde el aire el puerto estelar y la ciudad. Otras habían sido enviadas a inspeccionar las otras ciudades y toda la zona cultivada que separaba las urbes del río Andion y las montañas Verdes.

El jefe de la brigada de reparaciones se dirigió hacia Loff, quien al verle llegar comprendió por su gesto que le traía malas noticias.

—Lo siento, mayor —dijo el técnico—. Aunque será muy difícil y no puedo asegurarlo, me temo que necesitaré tres meses para

poner en condiciones a la *Scorpio*.

—Hagan todo lo que puedan —asintió lúgubrementemente Loff—. Que no dejen de trabajar sus hombres.

El jefe se retiró y Loff volvió su atención hacia las compuertas de la nave. Por ella estaban descargando, sus hombres y docenas de ompyanos, varios centenares de cajas metálicas, grandes y largas. Grúas magnéticas las conducían hasta una zona donde esperaban largas hileras de camiones, que cargaban y emprendían la marcha hacia la ciudad cercana.

Loff pensó en la ciudad y sus habitantes. Ya todos los humanos de Ompya conocían la situación y habían reaccionado con serenidad. Era un pueblo acostumbrado a vivir en paz, dedicado a su trabajo, pero los deseos de los timoratos de huir habían sido ahogados por el temperamento de los más recios, que juraron defender su planeta hasta el fin.

Por eso se estaba armando a los voluntarios con las reservas de armas que llevaba la *Scorpio*. Lo que lamentaba Loff es que apenas eran unos miles, que sumadas a las que disponían las fuerzas de policía local, apenas podía formarse un grupo de cien mil soldados, todos bisoños.

Apenas concluyó el ataque, Loff dictó unas órdenes al consternado regidor que si al principio le sorprendió vivamente, luego recapacitó y comprendió que eran las más sensatas.

Loff, al saber que la capital del planeta estaba construida para acoger a diez veces su población, había dispuesto que todas las demás ciudades de Ompya, mucho más pequeñas, se trasladasen a ella.

—Pero eso significaría que el enemigo nos tendrá concentrados en un solo punto —protestó un edil—. Les será sencillo aniquilarnos a todos.

—Pero también seremos más fuertes —respondió Loff—. Si permanecemos diseminados en grupos de varios cientos de miles por el continente, las ratas irán atacando las ciudades y nosotros nunca nos atreveremos a dejar a las demás sin tropas porque entonces el enemigo se volcaría sobre las que dejáramos indefensas.

Su consejo fue seguido y desde hacía unas horas llegaban a la capital por las distintas carreteras miles de vehículos. Por el aire, los populares «Lermes» también aterrizaban en los alrededores sin

cesar.

Los ediles de Ompya argumentaron que la capital, pese a todo, iba a constituir un blanco apetecible. Las ratas habían demostrado sobradamente que, además de ser iguales o más que los humanos en número, disponían de una técnica avanzada. Por lo tanto, era fácil pensar que para el ataque a la ciudad podían disponer de elementos modernos de destrucción.

Loff les pidió que confiaran en él. No podía prometerles seguridad, pero sí que jugarían con todos los medios a su alcance para mantener el bastión el tiempo suficiente para que el mensaje que por vía normal se había enviado a la Tierra produjese el envío de un ejército capaz de vencer al enemigo.

Al no poder disponer de la comunicación instantánea por medio del láser, Loff había enviado un comunicado a los planetas cercanos que tardaría dos semanas en ser recibido. Desde allí podía ser reexpedido a la Tierra al instante. Como mucho, el alto mando podía poner en Ompya todo el poder de sus flotas en otra semana más, lo que significaría la salvación de los millones de nativos.

La cuestión radicaba en el tiempo que los humanos de Ompya podían resistir. Su armamento era escaso para defender una población de varios millones. Los dos mil hombres y mujeres de la *Scorpio* componían el mejor grupo armado del planeta si eran comparados con las fuerzas policiales locales. Loff contaba con sus tropas para que se convirtieran en oficiales de los voluntarios ompyanos. Pero insistentemente se preguntaba si quedaba tiempo para ello.

La defensa de la ciudad podía resolverse inicialmente gracias al escudo que producía el equipo de energía defensivo de la unidad. Haciéndolo funcionar a toda potencia podía ampliar su campo y proteger la ciudad completa.

Pero la energía disponible en todo el planeta era escasa. El elemento que usaba el campo energético apenas tenía utilidad en Ompya y Loff contaba sólo con las reservas de la *Scorpio*, que si para la nave sólo podía durar años, para amparar una ciudad entera apenas alcanzaba para un mes.

El escudo de energía perdía mucha fuerza cuando el ataque era mayor, teniendo que consumir más reservas de forma acelerada. Por lo tanto, si el enemigo llegaba a tal conclusión, sólo tenía que

insistir en un bombardeo masivo térmico y atómico sobre el escudo para acelerar el gasto de energía de reserva.

Sin embargo, Loff confiaba en que las ratas inteligentes no se percatasen de la debilidad de los humanos.

Un «Lerme» descendió y se posó a pocos metros de Loff. Una figura grácil y sonriente descendió de él.

Duria se plantó delante del mayor y saludó:

—Hola, Loff. Te encuentro cansado. ¿Ya has desayunado?

El mayor hacía unas horas que obligó a Duria a retirarse para que durmiese un poco. Se preguntó si ella, pese a la lozanía de su rostro, habría podido conciliar el sueño. Seguro que aquella noche ningún humano en Ompya pudo hacerlo.

—Pensaba hacerlo ahora, preciosa. ¿Me acompañas a la nave y lo hacemos juntos? Confío en que podremos encontrar un poco de café al menos en medio de este caos.

—¿Tienes algo importante que hacer luego?

—No creo. Al menos hasta el atardecer no tengo que dar nuevas instrucciones a mis oficiales y a los ediles de Ompya...

—Entonces te invito a mi apartamento. Tengo jamón y huevos. También pan tostado, mantequilla y café negro.

Loff pensó que aquellas viandas, después de estar cansado de los sucedáneos de a bordo sacados del cultivo hidropónico, y la compañía de Duria podían hacerle olvidar por unos instantes el peligro que les rondaba.

—Está bien. Dime tu dirección y código de visófono para que se lo diga al capitán de servicio para que me localice en caso de emergencia.

Poco después, Duria empujaba la puerta de su apartamento, invitando a que Loff pasara al interior.

Loff se encontró en una habitación amplia, que por medio de mecanismos podía dividirse en cocina, comedor y dormitorio. Al fondo estaba el cuarto de baño, aislado. Pero ahora la estancia parecía ser una sala de estar cómoda y grande, con un largo ventanal desde el Cual se dominaba una parte considerable de la ciudad.

—¿Vive tu hermano contigo? —preguntó Loff mirando los detalles decorativos.

—No. Migh tiene otro apartamento al otro lado de la ciudad. Lo

usaba cuando estaba casado —sonrió Duria—. Fracasó su contrato y lleva dos años sin compañera, pero creo que si Iris se lo propone en serio se irá a vivir con él dentro de poco.

Duria hizo aparecer la cocina y preparó rápidamente el desayuno. La comida agradó a Loff y mucho más el café. Hacía tiempo que no probaba uno de igual calidad.

—Desde que se divorció, mi hermano ha vivido siempre en las bases agrícolas. Es su pasión —añadió Duria sorbiendo el café—. Desde que comenzaron los ataques, aun cuando nadie le daba importancia, él se propuso acabar con las alimañas, que eran entonces lo que la gente pensaba.

—Cuéntame algo de ti.

Duria se echó a reír.

—Te aburrirías, Loff. No me atrajo la agronomía como a Migh y empecé a trabajar en el equipo burócrata del regidor.

—¿Estuviste alguna vez casada?

Ella se sentó al lado de Loff, muy juntos. Le miró a los ojos, mientras sus rojos labios empezaban a emitir una sonrisa irónica.

—Me gustaron algunos hombres, es natural. E intimé con varios, pero no alcanzó la pasión al día siguiente. Siempre se esfumaban al amanecer. Decían adiós simplemente.

—¿Qué esperas? En este planeta hacen falta muchas más personas. ¿No se premian a las parejas con descendencia?

—Cierto. Se obtienen algunas ventajas materiales, pero he sido contraria a tener algo en contra de mi voluntad. O hacerla. Admito que un hombre y una mujer pueden vivir juntos toda una vida, pero para ello es preciso que ambos tengan la suerte de encontrarse. ¿Por qué no me hablas de ti ahora? Estoy segura que una existencia entre las estrellas es siempre más interesante que pasársela en un mundo agrícola.

Loff la miró alarmado.

—¿Cómo puedes pensar que Ompya es un planeta aburrido?

Ella cerró los ojos.

—Es cierto —dijo trémula—. Había olvidado por un momento esas asquerosas ratas. Ahora es cuando me alegro de no haberme casado, de no tener hijos.

—¿Porqué?

—Pienso que todos podemos morir. No soportaría que un hijo

mío padeciera el peligro que nos acecha, Loff.

El mayor la tomó por los hombros y la hizo acercarse a él.

—Saldremos bien de esto, pequeña.

Fue aproximando su rostro lentamente al de ella. Sus ojos se encontraron y ambos comprendieron la necesidad que tenían del otro.

Se besaron hasta sentir daño en los labios.

Mientras se reclinaba sobre el largo asiento, Duria pudo alcanzar el dispositivo que opacaba el cristal de las ventanas. La luz del día quedó fuera.

Dentro, dos seres amándose.

8

Tal vez a Traoll le hubiera agradado más demorar por algún tiempo el ataque, en el cual pensaba usar todo su poder. Pero comprendía que no podía conceder ninguna tregua a los humanos.

Aún tenía millones de ratas sin evolucionar encerradas en las celdas, a las que le hubiera gustado someter al proceso. Mas no tenía tiempo si quería iniciar la marcha contra la ciudad en la cual los humanos se habían refugiado.

Aquella maniobra de los humanos le había sorprendido un tanto. No lo esperaba. Confiaba en ir apoderándose de las distintas ciudades, lo que hubiera sido mucho más fácil para él. El que todos los humanos estuvieran en la más grande urbe podía representar una ventaja al decidir la guerra en el planeta durante una sola batalla, pero temía encontrar una defensa mucho más grande.

El ataque desencadenado la noche anterior empleando sus secretos satélites había constituido un éxito casi total. Aunque la gran nave de guerra de los humanos no había sido destruida, el reconocimiento efectuado inmediatamente después de la respuesta humana destruyendo los satélites le había confirmado que la esférica máquina de guerra no podía alzarse del suelo ni enviar mensajes a la lejana Tierra.

Traoll tenía profundos conocimientos de los humanos de aquella galaxia. Durante años, después de aprender su idioma, estuvo escuchando sus informaciones por vídeo y boletines de noticias. Sabía que existían miles de mundos habitados. La mayoría lo era por humanos y el resto por razas diversas, pero ninguna semejante a la attolita, lo cual le humilló mucho.

Existían cientos de federaciones, reinos y pequeños principados. Traoll había llegado a la conclusión que no todos los planetas de los distintos sistemas solares mantenían entre sí cordiales relaciones e incluso algunos se ignoraban.

La Tierra había organizado una especie de federación planetaria bajo la denominación Orden Imperial, lo cual no significaba un extenso dominio bajo la dictadura de un emperador. El sistema funcionaba bastante bien y lentamente el Orden iba aumentando el número de los planetas dentro de su organización. Era poderoso, temido y respetado por toda la galaxia conocida.

Aquel planeta, llamado Ompya, pertenecía desde hacía tres siglos a la Tierra. Disponía de un Gobierno autónomo, aunque dependía del Orden para su defensa. Por eso llegó aquella colosal nave armada a requerimiento de los líderes de Ompya.

Pero ahora la llamada nave *Scorpio* disponía de su potencial bélico francamente mermado.

Los planes de Traoll eran simples, aunque ambiciosos. Había estudiado a fondo la situación de Ompya. Sabía que durante varios meses, mientras duraba su máximo alejamiento de los planetas a los que vendía su producción agrícola, mantenía con éstos un silencio total en las comunicaciones. Ese período estaba a punto de iniciarse, lo que significaba que tenía delante de sí cerca de un año para adueñarse del planeta, aniquilar a todos los humanos y terminar de organizar un potente ejército con todas las ratas locales desarrolladas y las que aún tenía en reserva en estado salvaje, a las que podía poner al día en cuestión de unas semanas más.

El ejército de Traoll sumaba más de tres millones de ratas evolucionadas. Cuando todas las del planeta hubiesen pasado por el proceso, sus huestes alcanzarían el número increíble de mil millones.

La destrucción de los satélites que llevaron a cabo el ataque contra el puesto estelar no preocupó mucho a Traoll. Aún disponía de otros girando a mayor distancia del planeta que destruirían toda nave que quisiera abandonarlo. Así, los humanos estaban condenados a permanecer en él y no podrían dar la alarma a los demás mundos del Orden.

Una vez que Ompya fuese totalmente suyo, Traoll aprovecharía el tiempo que le quedaba antes que los demás planetas sospechasen que allí ocurría algo para construir una flota entera, enorme, con la que regresar con su colosal ejército a Attol.

Al pensar en el regreso, su ancho y peludo rostro ratonil forzó una sonrisa sardónica. Iba a ser una vuelta triunfal. Aquellos que le

expulsaron recibirían el adecuado castigo, mientras que los demás que permanecieron indecisos no vacilarían en ponerse a sus órdenes. Entonces habría llegado el momento de destruir Rill y sus odiados habitantes.

Tal vez, después de eso, pensaría en la posibilidad de regresar a aquella galaxia en la que los humanos eran predominantes. Ellos heredarían el odio que Traoll sentía hacia los humanos de su sistema solar, los rills.

Iba a ser una larga y bella gesta, que los futuros attolitas cantarían durante milenios, mientras contemplaban un cosmos rendido a sus pies.

Oyó cómo sus generales se acercaban hasta el atrio desde el cual dominaba la sala de control. Aquellos evolucionados attolitas habían alcanzado el grado porque después de sufrir el proceso habían demostrado que su intelecto era superior al de los demás.

Aquello le hizo recordar que tuvo que sacrificar a muchos seres porque sus mentes, demasiado atrofiadas aún, no pudieron responder al tratamiento y no le sirvieron ni para peones.

Los generales se detuvieron a varios pasos de Traoll y se inclinaron respetuosamente ante él.

Traoll se sintió henchido de orgullo. Hasta el más insignificante miembro de su ejército estaría dispuesto a morir por él si se le antojara pedirselo. Así se había preocupado de grabarlo en sus mentes durante el proceso evolutivo.

Sencillamente, Traoll disponía de un fanático ejército, fiel hasta la muerte, al frente del cual se sentía capaz de las más fabulosas empresas.

—Todo está preparado, sublime Traoll —dijo uno de los generales haciendo de portavoz de los demás.

Traoll asintió y descendió de su especie de trono. Se alejó de la estancia seguido de sus generales. Atrás dejaba docenas de cubos visores que mostraban desde diversos puntos la ciudad en la que los humanos afluían desde todos los rincones del continente en busca de refugio.

El día siguiente al ataque transcurrió, con gran alivio de Loff, sin el menor incidente. Pero al anochecer los patrulleros enviaron mensajes diciendo que habían sido vistos movimientos extraños procedentes de los montes Verdes y el río Andion.

Parecía tratarse de varias columnas que marchaban hacia el oeste, eligiendo como camino los densos bosques que circundaban los campos de cultivo.

Loff permaneció toda la noche en el puente de mando, recibiendo las noticias de los patrulleros. Duria dormía en su camarote desde hacía un buen rato, cuando Loff consiguió convencerla para que descansara.

Cinco horas antes de salir el sol, ya no existía ninguna duda de que el enemigo, formado en nutridos ejércitos, se acercaba a la capital. La dirección que llevaba les tenía que hacer pasar forzosamente por varias de las ciudades abandonadas.

Loff había pensado que se detendrían en ellas algún tiempo. Se llevó una sorpresa cuando desde los patrulleros le comunicaron que las dejaban atrás con indiferencia, como si supieran ya que en ellas no quedaba un solo humano.

Migh había acudido al puente de mando, y al enterarse de ello, crispó los puños e inquirió:

—¿Con qué clase de diablos nos enfrentamos, mayor?

Loff negó con la cabeza, añadiendo:

—Me gustaría saberlo, Migh. Creo que todos hemos cometido el error de subestimarlos. Y pagaremos muy caro por ello.

—Son inteligentes. Estoy de acuerdo con Jimmy en que esas ratas son las mismas que siempre han corrido por los campos y que sólo nos servían para acabar con otras especies dañinas, pero ¿cómo han logrado alcanzar nuestra estatura y una mente despierta, capaz de poder fabricar armas y emplear tácticas militares?

—Confío en saber eso algún día.

—¿Quiere decir que tiene esperanzas de salir con vida de esta guerra, mayor?

—La esperanza es lo único que no se debe perder, Migh.

El agrónomo lo miró y dijo:

—Pero en sus ojos leo, mayor, que usted tiene ya muy poca.

Loff sonrió a Migh.

—¿Puedo confiarle un secreto? —preguntó. Al asentir Migh, añadió—: He estudiado con mis oficiales la situación. Lamentablemente, hemos llegado a la conclusión de que apenas contamos con un diez por ciento de posibilidades de seguir resistiendo hasta que lleguen los refuerzos.

—Me temo que ahora supervalora al enemigo, mayor.

—Hemos tenido en cuenta los medios empleados por las ratas hasta ahora. Si han sido capaces de poner en órbita satélites que no son detectables, fabricar armas y levantar todo un ejército de muchos cientos de miles, y todo esto lo calibramos con nuestros escasos medios, comprenderá que no soy fatalista al suponer que estamos aislados en este planeta, solos ante la fatalidad y con escasas esperanzas de recibir ayuda a tiempo.

—Sin embargo, usted ha dicho a los ediles, al regidor y los ompyanos todo lo contrario. Loff suspiró ruidosamente.

—No tenemos más remedio que luchar. Al menos será conveniente que lo hagamos con gente deseosa de batirse con ahínco, y no desalentada, sabiendo que todo su esfuerzo será en vano.

La llegada de nuevos informes de los patrulleros interrumpió la conversación entre los dos hombres. Las noticias eran cada vez más desalentadoras.

De varios puntos del este y parte del sur marchaban hacia la ciudad potentes ejércitos de ratas. Ahora Loff ya tenía filmes tomados desde los patrulleros, que al proyectarlos le hicieron palidecer.

Las ratas avanzaban rápidamente hacia ellos por medio de grandes plataformas que flotaban a varios metros del suelo. En cada plataforma iba un centenar de ratas y varios artilugios de extraña construcción que Loff intuyó debían tratarse de cañones térmicos o algo peores.

Llegó el teniente Grufh, quien después de ver los filmes opinó que era el momento de atacar las columnas enemigas.

—Creo que eso es precisamente lo que el enemigo está esperando, teniente, para conocer la posición de nuestras piezas —respondió Loff pensativamente.

—Pero no podemos permitir que se acerquen más, señor. La columna más próxima está a unos quinientos kilómetros de la ciudad. Me pregunto a qué distancia piensa el enemigo establecer el cerco e iniciar el ataque.

—Yo también opino como usted que quien da primero da dos veces —asintió Loff. A veces se sentía deprimido ante tantas adversidades. Su responsabilidad era mucha, pero tenía que tomar

decisiones y procurar que éstas no fuesen erróneas—. Está bien. Dispóngalo todo para que la columna más próxima sea atacada dentro de cinco minutos con proyectiles de expansión térmica. Que actúe la batería ocho.

La batería ocho era la más alejada de la ciudad, instalada aquella misma madrugada sobre unas colinas situadas a treinta kilómetros de la urbe.

Duria llegó al puente llevando un mensaje personal del regidor. En él informaba a Loff de la situación de la población civil. La mayor parte de ella, la no movilizada, había sido alojada en los extensos refugios subterráneos y en los silos cercanos a la ciudad. Aquella disposición gustó a Loff. Se iba a sentir más confortable sabiendo que los no combatientes estaban seguros bajo algunas docenas de metros de tierra.

La muchacha se sentó junto a Loff, con quien apenas cambió un saludo. Ella comprendía que el mayor tenía en la mente ahora demasiadas preocupaciones para haberla recibido más cariñosamente. Permaneció en silencio, viendo cómo en la gran pantalla aparecía la batería ocho, de la cual estaban partiendo varias andanadas de veloces proyectiles.

Varios de ellos llevaban colocados en sus panzas objetivos de televisión y todos creyeron estar volando raudamente, pasando bajo ellos bosques, ríos y campos de cultivo.

Minutos después los proyectiles empezaron a perder altura. El suelo se fue acercando y enseguida apareció la columna enemiga. Loff seleccionó un proyectil para que describiese círculos sobre el campo de batalla mientras los demás se precipitaban sobre el objetivo.

Presenciaron absortos cómo las explosiones térmicas se sucedían a lo largo de la columna. Cada proyectil, al detonar, lanzaba un torrente de fuego que lo calcinaba todo en un área de un kilómetro de diámetro. Cuando el humo se hubo disipado un poco, los hombres y mujeres del puente de mando de la *Scorpio* pudieron observar el daño ocasionado.

La columna había quedado totalmente destruida. El terreno que había ocupado ahora no era más que un largo trayecto calcinado, negro, lleno de cadáveres convertidos en pavesas y metales derretidos.

Se elevaron gritos de júbilo en la nave. Loff se permitió sonreír un poco. Los oficiales se felicitaron y esperaron ansiosos a que su jefe ordenase un nuevo ataque a otra columna.

—Localicen la siguiente más próxima y que actúe también la batería ocho —ordenó al fin.

Sintió que la mano de Duria estrechaba su brazo, pero Loff no quiso volverse hacia ella para que no descubriera su semblante preocupado.

Instantes después, cuando la siguiente andanada de proyectiles taladraba el aire de Ompya en busca de un nuevo objetivo, todos volvieron a guardar total silencio. Pero esta vez, cuando las bombas apenas estaban a cien kilómetros del enemigo, sucedió lo inesperado para todos, excepto para Loff.

De la superficie surgieron haces de luz roja que formaron una barrera protectora delante de la columna. Cuando los proyectiles llegaron hasta la cortina de luz, estallaron en el aire inofensivamente.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? —preguntó Grufh, perplejo.

—Seguimos subestimando al enemigo —gruñó Loff—. Yo me temía esto, pero confiaba en que pudiéramos ir destruyendo las columnas enemigas sistemáticamente. Ellos ya saben cómo atacaremos y han usado una contraarma para anular nuestro poder defensivo. Ahora nuestros proyectiles no servirán para nada.

—Usaremos otros elementos —apostilló el teniente—. Aún tenemos los dardos de láser y...

Loff pensó en las instalaciones de dardos láser distribuidas alrededor de la ciudad para su defensa. Se resistía aún a mostrar al enemigo aquella arma.

—Esperemos —dijo.

Media hora más tarde, recibieron la noticia de que la batería ocho había sido destruida.

—Sabían de dónde procedió el ataque que acabó con su columna —dijo Loff—. Así harán con todas nuestras defensas a medida que las vayamos usando.

—El enemigo dispone de una gran ventaja sobre nosotros —dijo Loff después de terminar de beber la taza de café—. Durante años, mientras en Ompya se ignoraba su presencia, nos ha estado espionando, estudiando nuestras fuerzas, sistemas de lucha y

organización política. Las ratas saben que estamos aislados. Aunque desde los planetas vecinos se transmitirá a la Tierra por comunicación instantánea nuestra peligrosa situación, no podemos confiar en la llegada de los refuerzos hasta dentro de un mes o dos.

Loff hablaba a sus más fieles colaboradores. Eran todos los oficiales de la *Scorpio*, Migh, Jimmy y varios ediles que en poco tiempo se habían descubierto como magníficos colaboradores del mayor. El regidor no estaba allí y Loff se alegraba de ello. Lo que estaba diciendo era la simple verdad y temía que el primer mandatario de Ompya no estuviera acorde con las circunstancias. Siempre había pensado que era un débil, además de cobarde y estúpido. Si

Ulf-Groe

hubiera hecho caso a las advertencias de los agricultores a tiempo, ahora la situación no sería tan precaria, pensó Loff.

—Estoy seguro de que si la *Scorpio* no estuviera condenada a permanecer en tierra el avance enemigo sobre nuestras posiciones podría ser detenido con cierta facilidad —añadió Loff amargamente. Miró a Duria y recibió de ella una sonrisa de aliento—. Las ratas nos tienen prácticamente cercados. Estoy seguro de que dentro de poco, hoy mismo, iniciarán su ataque definitivo. Emplearán todas sus fuerzas porque el tiempo tampoco les sobra. Nosotros también usaremos nuestras bazas. Si conseguimos hacerles creer que somos más fuertes de lo que en realidad es, los desconcertaremos y ganaremos unos días preciosos hasta que se reorganicen.

»Todos ustedes saben que nuestra última esperanza es la coraza de energía que disponíamos en la *Scorpio* para la defensa en combate de la nave. Este mecanismo ha sido trasladado al centro de la ciudad para que, en el momento preciso, forme una barrera enorme, que proteja toda la urbe y las defensas colindantes, además del puerto estelar. Naturalmente, la seguridad del escudo de fuerza, al ser tan amplio, no puede resultar tan elevado como cuando cubre un perímetro como el de una nave. Además, nuestras reservas energéticas para el escudo son limitadas. Su consumo es mayor cuanto más intenso es el ataque sobre él. Confiemos en que el enemigo no sepa esto y no insista demasiado en un ataque ininterrumpido. Si así fuera apenas podemos contar con el escudo por veinticuatro horas.

Miró a los asistentes detenidamente. Aquella reunión era la última que Loff pensaba celebrar. A partir de entonces cada oficial y cada edil local marcharían a su puesto de combate, a hacerse cargo de las unidades encomendadas a su mando. Desde la *Scorpio* Loff daría las órdenes a cada sector.

El mayor les deseó suerte y preguntó si tenían alguna pregunta que formularle. Después de contestar a varias, los hombres empezaron a salir de la sala de conferencias de la nave.

Quedaron en ellas solos Loff y Duria. Se cogieron de la mano y franquearon la puerta, dirigiéndose al puente de mando. Iban en silencio y despacio, recorriendo los silenciosos y desiertos pasillos de la gigantesca e inmovilizada nave.

Al atardecer, las fuerzas enemigas concentradas alrededor de la ciudad y el puerto estelar sumaban millones de ratas armadas hasta los dientes. Habían dejado de acudir del este y Loff se preguntó si allí estaban todas, si no quedaban en la retaguardia otros contingentes de reserva.

Los vigías anunciaron que mientras un buen número se había detenido y preparado sus armas de gran alcance para el asedio, varios cientos de miles de tropas de infantería seguían acercándose sigilosamente hacia la ciudad.

Aún faltaban cuatro horas para que el sol se ocultase cuando se inició el ataque de la artillería.

Cientos, miles de proyectiles, salieron disparados de las líneas de ratas, ascendieron al cielo y luego empezaron a descender rugientes.

Segundos antes que llegasen a tres mil metros de la ciudad y el puerto estelar, Loff dio la orden para que se activase el escudo de fuerza.

Una especie de halo cubrió en forma de cúpula las posiciones humanas. En ella se estrellaron inofensivamente los proyectiles, llenando de millares de explosiones térmicas y nucleares todo el cielo que cubría la ciudad y sus alrededores.

Loff miraba fijamente el indicador de la reserva de energía que mantenía activo el campo. Ante el brutal ataque, la aguja descendió ostensiblemente, para inmediatamente subir al reponerse la energía consumida para neutralizar el ataque.

Durante tres horas consecutivas las ratas bombardearon sin cesar las posiciones humanas. Durante los escasos minutos de pausa, Loff

mandaba desconectar la cúpula y sus baterías lanzaban sus propios proyectiles contra el enemigo. Inmediatamente después volvía el escudo protector a cubrir la ciudad.

Cuando el ataque cesó definitivamente aquella noche, Loff recibió una llamada del regidor. Dejó que el rostro de Ulf-Groe

apareciese en la pantalla y esperó a que hablase.

—Reciba mis felicitaciones, mayor —dijo el regidor—. Ha hecho fracasar el ataque enemigo. La población está celebrando en estos momentos nuestro triunfo.

Loff estuvo tentado de gritarle que apenas si tenían ya energía para soportar veinte horas de ataque ininterrumpido, después de las cuales todas las posiciones humanas quedarían a merced de las ratas, pudiéndose valer nada más que de sus medios de ataque para detener los proyectiles contrarios, interceptándolos en el aire. Y tampoco las reservas en este aspecto eran importantes.

—Gracias, regidor —respondió Loff secamente. —Pero no debemos confiarnos. El enemigo atacará mañana, sin duda.

Y cerró la comunicación cuando el regidor empezaba a abrir la boca para decir algo.

A partir de entonces comenzaron a recibirse informes desde varias posiciones defendidas por la infantería nativa y soldados de la nave. Las ratas, al amparo de la oscuridad y valiéndose de sus sensibles ojos, no cesaban de atacar, intentando romper el sistema defensivo.

Lo hacían en masa, lanzándose suicidamente contra las posiciones humanas. Caían a centenares, a miles, pero una fuerza desconocida parecía impedirles retroceder.

En algunos puntos las tropas terrestres y ompyanas se vieron obligadas a retroceder hasta la siguiente línea, más sólida que la primera, en donde consiguieron al fin detener el avance. Aunque, en realidad, era que las ratas habían recibido órdenes de quedarse en el terreno conquistado.

Entonces parecieron concederse mutuamente los combatientes una tregua hasta el amanecer.

Con la aparición de la luz solar, Loff fue despertado de su duermevela por un técnico del puente. Duria tenía apoyada su cabeza en su hombro y Loff la apartó suavemente. Luego se volvió

hacia el hombre, interrogándole con la mirada.

—Hay una llamada personal para usted, mayor —dijo el técnico.

Loff pensó inmediatamente en el regidor y torció el gesto.

—¿Quién es? Si se trata de Ulf-Groe puede mandarle al...

—No es el regidor, señor; ni ningún humano.

Loff se incorporó. Todo el cansancio desapareció de su ser.

—Explíquese de una vez.

—Han usado una frecuencia extraña, mayor, pero hemos conseguido fijarla. Es el líder de las ratas quien desea concertar una entrevista privada y personal con usted en terreno neutral.

9

Loff bajó de su posición y se dirigió rápidamente hasta la sección de comunicadores. El técnico le dijo que no se atrevían a enviarle el contacto a su propio visor por temor de perder la frecuencia.

Varios hombres estaban junto a los comunicadores. En todos los rostros Loff leyó el asombro más grande. Le dejaron paso y se enfrentó con la pantalla reluciente.

Loff se detuvo y miró al ser que se reflejaba en el pulido cristal, quien le devolvió la mirada y pareció estudiarle.

Su cabeza era grande, doble de la de un humano. Era igual a la de una rata, aunque los ojos que refulgían en ella denotaban una inteligencia diabólica. El pelo, lustroso, brillaba en tonalidades grises y marrones. Era corto y parecía suave alrededor de sus facciones ratoniles, empezando a ser más largo a medida que avanzaba por un cuello corto y ancho.

El humano y el attolita se miraron durante unos instantes. Loff sintió un escalofrío. Había conocido docenas de razas, desde las humanoides difíciles de diferenciar de los terrestres, hasta las monstruosas e insoportables. Aquel ser no era repugnante, pero Loff se sentía molesto al enfrentársele.

—Soy el mayor Loff Lumpell, jefe de las fuerzas armadas de este planeta —dijo Loff no queriendo dar informes exactos.

La gigantesca rata emitió un sonido gutural, movió su larga boca y habló en idioma humano claro, pero con indefinida entonación:

—Soy Traoll, sublime jerarca de los attolitas de este planeta al que ustedes llaman Ompya. Después de la demostración de ayer de mi poder, ordené a mis técnicos que estableciesen contacto con los humanos. Deseo hablar con el máximo responsable de ustedes.

—Ése soy yo —replicó Loff desechando la idea de hacer llamar al regidor—. Ya me tiene delante. Éste es un planeta perteneciente al Orden Imperial, a la Tierra. En nombre de estos poderes libres y

reconocidos en esta galaxia, le exhorto a que detenga su ignominioso ataque, Traoll.

—Dije que quería hablar con el líder de los humanos, mayor Lumpell, no escuchar de él amenazas. Loff se serenó y dijo: —Está bien. Le escucho. Hable.

—Quiero que sea personalmente. Sé que esta emisión puede interferirse y no es mi deseo que otros humanos puedan ser partícipes de nuestra conversación.

—Está delirando, Traoll, si intenta imponerme sus condiciones. Ustedes no pertenecen a una raza reconocida en esta galaxia. No deben ser considerados como soldados. Por lo tanto, no admito sus exigencias...

—Calle, mayor. Su situación no le permite adoptar posturas arrogantes. Le sugiero que acepte entrevistarse conmigo en un punto equidistante a nuestras respectivas posiciones. Ambos iremos solos, sin acompañantes.

—¿No teme que cuando le tenga delante le mate?

—Conozco los métodos humanos, mayor. Ninguno de ustedes quebrantaría una tregua. Yo, por mi parte, le garantizo que podrá volver a sus líneas una vez acabada la entrevista.

La imagen sufrió una alteración y Loff, temiendo que fuera a interrumpirse la precaria conexión, se apresuró a contestar:

—Está bien. Yo saldré de la ciudad en un deslizador dentro de diez minutos. Haga usted lo mismo en otro vehículo dentro del mismo tiempo. ¿Conoce nuestras medidas temporales?

—Sí, conozco de ustedes bastantes cosas. Hasta entonces, mayor. Tenga la completa seguridad que se alegrará de venir.

El rostro de rata del líder enemigo se disipó y Loff se quedó durante unos minutos mirando la vacía pantalla.

Al volverse, se encontró con Duria. Ella lo había visto y oído todo. En su rostro había un acentuado reflejo de preocupación. Tajantemente, dijo a Loff:

—No debes ir. Puede ser una trampa de esos cochinos seres.

—¿Qué iban a ganar eliminándome?

—Dejarnos sin jefe para defendernos.

Loff se echó a reír.

—No creo que piensen que sin mí los humanos vayan a rendirse. Además, estoy ansioso por averiguar más cosas de estos misteriosos

y diabólicos seres surgidos de la nada en este planeta.

A solas, mientras Loff se vestía con un uniforme nuevo, Duria insistió en que no fuese a la entrevista.

Él la besó y aseguró repetidas veces que no se preocupase.

Fuera de la nave ya esperaba a Loff un deslizador. Junto a él estaba el teniente Grufh, a quien dio las últimas instrucciones.

Subió al vehículo y lo puso en marcha. Aceleró y pronto comenzó a franquear las líneas defensivas. Parecía que la noticia se había corrido por todas partes y los soldados y nativos armados sabían que el mayor iba a entrevistarse con el líder enemigo. Todos vieron pasar a Loff velozmente, alejarse y perderse por el calcinado campo, ennegrecido y caliente aún a causa de las últimas explosiones.

Loff pasó por encima de la zona donde comenzaba el campo de fuerza. La tierra allí parecía aplanada, como quedaba cuando el escudo se levantaba. No se activaba desde el último ataque. Por suerte, el sistema de detección de los humanos era eficaz y podían permitirse el lujo de ponerlo sólo en marcha cuando el enemigo comenzaba un nuevo ataque.

Delante de Loff se extendía una llanura lisa como la palma de la mano. Aún no podía distinguir las líneas enemigas, pero se encontró con centenares de cadáveres de ratas, muertas en los últimos y suicidas ataques de la infantería.

De pronto vio surgir del horizonte un pequeño punto que fue adquiriendo mayor tamaño. Era un vehículo parecido al suyo. Loff consultó los mandos y comprendió que ya estaba sobre el punto donde debía celebrarse la entrevista. Había llegado con un poco de anticipación a la hora señalada.

Los dos vehículos se detuvieron a unos veinte metros y sus ocupantes descendieron. Loff observó al llamado Traoll. Cuando se aseguró que éste, al menos aparentemente, no llevaba arma alguna, arrojó su pistola al interior de su deslizador y comenzó a avanzar lentamente.

Loff, teniendo a Traoll a menos de un metro, lo estudió con detenimiento. Calculó que medía de altura unos diez o quince centímetros más que él. Excepto su cabeza y abdomen amplio, tenía todas las apariencias de un humano, aunque sus brazos eran un poco más cortos, así como las piernas.

—Creí que no vendría, mayor Lumpell —dijo Traoll con su extraño lenguaje humano.

—¿Porqué?

—Podía temer que yo fuera a intentar matarle.

—Iba a obtener poca ventaja si lo hiciera. ¿Por qué no pensó que yo también podía pensar liquidarle?

—Porque conozco el código de honor de los miembros del Orden, mayor. Además, existe su innata curiosidad.

—Es cierto. Pero he estado a punto de no aceptar esta entrevista.

—No veo su razón...

—Considero que usted no representa legalmente su raza. Lo lógico hubiera sido un comité de los suyos. Una representación completa de los líderes de su mundo es la indicada para entrevistarse con mis superiores. ¿Ignora que mis decisiones no pueden ser legales fuera del ámbito de este planeta? ¿No sabe que el Orden tiene cientos de mundos habitados y que la galaxia está compuesta por centenares de estados independientes?

—Todo eso lo sé. Lo he tenido en cuenta.

—Entonces debemos posponer una entrevista hasta que los representantes dispongan de plenos poderes. Mientras tanto, deberíamos observar una tregua.

Traoll emitió lo que para los de su raza debía ser una risa divertida.

—Adivino su juego, mayor. No intente ganar tiempo tratando de engañarme. Yo represento a todos los miembros de mi raza.

—¿Cuál es el planeta a quien representa y cuál es su ubicación en el cosmos?

—Mi mundo está en una galaxia que aún ustedes desconocen.

—Debo felicitarle. Reconozco que ha conseguido introducir en Ompya un enorme ejército sin que nos diésemos cuenta.

—Vamos, mayor. No me haga creer que no sabe ya de dónde han salido mis guerreros.

—Sinceramente, aún no estoy seguro. ¿Por qué no me lo explica todo antes? Luego podemos discutir sus puntos de vista.

Traoll anduvo unos pasos delante de Loff. Se detuvo súbitamente delante del terrestre y dijo:

—De acuerdo. No perderé mucho tiempo con ello y es posible que, cuando conozca lo que he hecho, comprenda que es inútil

insistir en una resistencia carente de sentido.

Loff pudo contestar, aunque fuera un farol, que las ratas nunca conquistarían aquel planeta, pero optó por callar y aprovechar la buena disposición de Traoll para conocer, al fin, su secreto.

—Aunque el planeta de donde procedo se llama Attol, nuestra raza tuvo su origen en otro llamado Rill, pero en donde también evolucionaron paralelamente otros seres que se denominaron ellos mismos rills. Nos impidieron alcanzar las más altas metas y terminaron expulsándonos al mundo que bautizamos como Attol. Durante siglos nuestras razas guerrearon. Los rills siempre vencían. Afirmaban que eran superiores a nosotros y terminaron por convertirnos en una especie de colonia suya.

»Siglos después, las relaciones entraron en mejores cauces y desde entonces existe paz entre nuestras razas. Los míos se humillaron y aceptaron el armisticio pese a las vejaciones que de los rills siempre habíamos sufrido.

»Yo estudié a fondo el origen de la raza attolita y llegué a la conclusión que era la nuestra, y no la de Rill, la llamada a dominar nuestra galaxia primero y luego todo el cosmos. Inventé un evolucionador celular, capaz de convertir al más rudimentario attolita en un ser avanzado, de extraordinaria inteligencia. Así quería demostrar que, por causas ajenas al curso natural de los acontecimientos, la raza attolita había tenido que ceder su predominio a los rills.

»En medio de mi campaña propagandista para conseguir adeptos y declarar la guerra a Rill, mis propios compatriotas, sin querer escucharme, me condenaron al destierro. Durante un tiempo imposible de precisar vagué por el espacio en una nave que era una cárcel para mí. No podía escaparme de ella ni alterar el rumbo. Sólo podía provocar mi muerte, suicidarme.

»Entonces fue cuando, al dejar de navegar a velocidad supralumínica, llegué cerca de este planeta y fui descubierto por un carguero de Ompya. Tuve que matar a sus tripulantes, apoderarme de una nave auxiliar y descender en este mundo. Al principio tuve la esperanza de encontrar semejantes míos, pero me llevé la sorpresa de ver que aquí también los humanos se habían adelantado a la evolución natural de mis congéneres. Y aquí era palpablemente un caso de usurpación. Lo que ustedes llaman ratas hubieran

alcanzado un estado cultural superior de no haber llegado los humanos. Con vuestra presencia, mis hermanos siempre habrían quedado en su lamentable estado.

»Trabajé denodadamente para construir un evolucionador celular. Atrapé ratas salvajes y pequeñas y las hice crecer y aumentar su inteligencia. Cuando tuve cientos de seguidores atrapé más y comencé a construirme un imperio subterráneo. Robé materiales primero, pero luego pude construirme los que necesitaba.

»Y los resultados ya los puede ver, mayor Lumpell. Tengo millones de soldados, técnicos y especialistas a mis órdenes. Me obedecen ciegamente. Son capaces de morir si se lo pido.

—¿Acaso ordenó voluntariamente que miles de sus soldados se lanzasen a un ataque suicida para morir y así demostrarnos que le son fieles hasta la muerte?

—Sí. Durante años les he estado estudiando. Lo conozco todo de ustedes. Construía satélites y armas iguales o mejores que los suyos. Ya ha visto lo que hago con sus baterías cuando éstas se atreven a delatar su posición.

—Sus ataques nada pueden hacernos, Traoll —dijo Loff.

El attolita rió lúgubrementemente.

—¿Se refiere al escudo de fuerza que hasta ahora ha impedido que mis armas arrasasen la ciudad y sus defensas? Mayor, usted no debe creermelo tan estúpido. Esa coraza proviene de su nave de guerra. Y me consta que sus posibilidades de que dure mucho tiempo son escasas. ¿Acaso puede soportar un desgaste continuado durante dos o tres semanas? No me importa. Puedo iniciar un ataque de tal envergadura.

Loff palideció. Traoll no le temía a seguir con el asedio por cerca de un mes, pensando que éste iba a ser el tiempo que durase el escudo protector. Y la realidad era que apenas había para veinte horas.

—¿Qué pretende, Traoll? —preguntó Loff pretendiendo desviar el tema del escudo protector.

—Simplemente, que se rindan.

—Es absurdo, pero podemos estudiar el caso. ¿Qué garantías nos ofrece?

—Sólo se las ofrezco a usted. Ninguna a los demás humanos.

—No le entiendo.

—Lo hará enseguida. Deseo partir de Ompya pronto. No es mi intención conquistar este planeta. Necesito construir cien mil naves en tres meses para regresar a mi planeta al frente de un colosal ejército de attolitas evolucionados gracias a mi inteligencia y otro de humanos.

—Su locura es tan grande como su inteligencia, Traoll.

—Es simple, mayor. Si mis compatriotas de Attol me ven llegar seguido de seres que prácticamente yo he creado, me seguirán ciegamente a una guerra contra Rill. Si además de esto millones de humanos están a mis órdenes, el desaliento cundirá entre los rills y la victoria será más sencilla. El orgullo de los rills no podrá soportar que semejantes suyos obedezcan a un attolita.

—No conseguirá que los humanos de Ompya le sigan voluntariamente, Traoll —aseguró Loff pensando que aquel ser desvariaba.

—No es preciso que lo deseen. Dispongo de medios para hacer de los hombres mis más fieles esclavos. Sólo con usted no emplearé mi ciencia. Usted será libre de pensar. Será mi lugarteniente. Y tendrá casi tanto poder como yo. Podría nombrarle virrey de los humanos rills..., siempre que no cesara de demostrarme su fidelidad.

Loff contuvo sus deseos de saltar sobre aquel ser y estrangularlo. Estaba dispuesto a romper el pacto con tal de salvar a los humanos. Estaba seguro de que sin Traoll las hordas de ratas no valían nada.

Pero su mirada se posó en la carlinga del vehículo de Traoll. Del interior surgió una figura empuñando un arma que le apuntaba. Traoll no era sencillo de sorprender, se dijo Loff. Respecto a las palabras del attolita, los hechos confirmaban que disponía de medios para convertir a todos los humanos de Ompya en seres esclavizados a sus órdenes.

—¿Qué pasará si no consiento en traicionar a los míos? —preguntó Loff.

—Sencillamente, a partir de ahora iniciaré un ataque devastador hasta destruirlos a todos. El final será el mismo, mayor. ¿Por qué no salva su vida al menos? También le ofrezco la de algunos amigos suyos que usted indique... Sus compañeras, por ejemplo.

—No, Traoll. Se equivoca. Nunca admitiré la derrota. No podrá

vencernos. Será mejor que huya de Ompya ahora que está a tiempo. Pronto llegarán refuerzos y conocerá el poder del Orden.

—Sé que el Orden podría vencerme, mayor. Pero no vendrá porque no recibirá el mensaje que envió a los planetas cercanos hasta dentro de muchos días, cuando todo sea tarde para ustedes.

Loff volvió la espalda a Traoll y se encaminó a su vehículo. Cuando subía a la cabina, oyó la potente voz del attolita decirle:

—Le doy hasta tres horas para que lo piense, mayor. Para entonces me pondré en contacto con usted. Espero que su respuesta sea afirmativa..., por su bien. Para que sus hombres no sospechen nada puede responderme que acepta mis condiciones para que los humanos evacúen el planeta. El resto correrá por mi cuenta. Sólo tiene que dejar sin funcionar el campo de fuerza y que mis tropas se sitúen a sólo diez kilómetros de sus posiciones.

El mayor cerró la carlinga y puso en marcha el deslizador. Mientras se alejaba se volvió una vez. Traoll se introducía en su vehículo y emprendía la marcha hacia sus posiciones.

10

—Traoll desea que nos rindamos. Sin condiciones —dijo Loff a sus colaboradores—. Por supuesto, me he negado. Esa rata gigante me confirmó que él hizo evolucionar a las ratas vulgares de Ompya —añadió mirando a Jimmy, quien asintió agradeciendo a Loff que se reconociera públicamente que su teoría tenía razón—. Pero he llegado a la conclusión de que sus fuerzas no son tan superiores a las nuestras como afirma. Estoy seguro de que podremos defendernos. Calculo que no dispone de medios de ataque como para hacer que las reservas de nuestro escudo protector se consuman pronto.

Loff solamente omitió los detalles concernientes a que Traoll pretendía que él traicionase a los humanos para convertirlos en soldados a sus órdenes, en autómatas.

—Me dio tres horas para meditarlo; pero creo que no es necesario que les anticipe que he decidido que mi respuesta sea negativa.

Sus oficiales, ediles nativos e incluso el propio regidor, asintieron en silencio. Loff resopló y dijo a Duria:

—Pueden volver a sus puestos de combate. Me temo que después que Traoll se ponga en contacto conmigo desencadenará un feroz ataque. Duria me acompañará a inspeccionar la nave que condujo a Traoll hasta este planeta. Desde que llegué he deseado conocerla —sonrió—, pero los acontecimientos nunca me lo permitieron.

—Sí, Loff —dijo Duria saliendo de la sala de conferencias de la *Scorpio*.

—Otra vez vuelves a ser mi guía —sonrió forzosamente Loff una vez fuera de la nave.

Se dirigían en un deslizador a un cobertizo metálico que se

levantaba al final del puerto. Antes de entrar en él, Duria preguntó a Loff:

—¿Qué te ha dicho en verdad ese Traoll?

Loff la miró fijamente a los ojos.

—¿Por qué supones que no he contado la verdad?

—Ya te conozco lo suficiente, Loff. He comprendido que la entrevista, aunque no tenías muchas esperanzas en ella, ha resultado aún peor de lo previsto.

—Así es. Traoll me ofreció la oportunidad de vivir a cambio de traicionar a todos los humanos de Ompya para él convertirlos en sus esclavos. También me sugirió la posibilidad de salvar a varias personas.

—¿Pensaste en mí? —preguntó Duria tensa.

—Desde luego. Lo pensé bien. Le dije que no.

—¿Y qué le volverás a contestar cuando te lo vuelva a preguntar?

—Será la misma respuesta. Lo siento, Duria. Yo podría salvarte de la muerte o de algo peor.

—Prefiero morir, Loff. Me hubieras decepcionado si admitieras la traición, aunque sólo fuera por mí, por salvarme.

—Dejemos eso y veamos la nave —dijo roncamente Loff.

—¿Esperas encontrar algo en ella interesante?

—No lo sé aún. Traoll me dejó entrever que existe en ella algo por lo que él podía llegar al suicidio. ¿Será un dispositivo que le mate a distancia? Sería estupendo. Cuando le tuve delante estuve decidido a romper la tregua y estrangularle, pero se llevó un guardaespaldas.

Dentro del cobertizo estaba M-Mail, quien salió a recibirlos.

—No esperábamos encontrarte aquí, M-Mail —dijo Duria.

—El guardia de aquí me pidió que le relevara. Hacía mucho tiempo que no veía la extraña nave que ahora dicen trajo a Ompya a Traoll desde una lejana galaxia. ¿Es cierto eso, mayor?

—Sí, M-Mail —respondió Loff acercándose a la nave.

Era bastante mayor que una auxiliar como las que tenía la *Scorpio*. Su metal era oscuro, opaco, y su línea muy estilizada. A simple vista se adivinaba que había pertenecido a un ingenio mucho mayor. Tal vez se desprendió de éste cuando alcanzó suficiente distancia de su planeta de origen y dejó de viajar a velocidad mayor

de la luz. Los ingenieros de Ompya habían sacado poco en claro de ella. Nunca se atrevieron a desmontarla por temor a estropearla. Pero tampoco se decidieron a comunicar su hallazgo a la Tierra. Aquello fue un error imperdonable.

La compuerta estaba abierta y Loff entró. Duria y M-Mail

le siguieron. Dentro, el mayor se detuvo en el centro de la estancia que durante muchos años de vagar por el espacio sirvió de hogar a Traoll. El cultivo hidropónico seguía funcionando, así como el sistema renovador del aire. Traoll hubiera podido vivir allí hasta el final de su larga existencia.

—Si busca algo parecido a un comunicador, mayor, siento decirle que no encontramos nunca nada semejante —dijo

M-Mail

.

—¿Conoce usted bien esta nave?

—Sí. Yo intervine como registrador oficial durante el chequeo. Y creo que hubiera informado al regidor de lo que he visto hoy si no fuera porque resulta absurdo reportar semejante cosa en medio de esta situación.

—¿Qué quiere decir, M-Mail? —preguntó Loff.

—Que últimamente han debido de trastear aquí, señor. Y quien o quienes lo hayan hecho deben de ser unos inexpertos. Precisamente iba a buscar ahora al guardián para que me dijera si alguna persona ha estado aquí.

—¿Por qué cree eso?

—Mire —señaló una esfera que brillaba con fuerte fulgor rojo—. Eso siempre creímos que era un motivo de adorno. Es cristal y antes, cuando remolcaron la nave, era opaco, de color gris. Ahora brilla intensamente. Alguien ha debido tocar algún mando que a nosotros se nos pasó desapercibido.

Loff se acercó a la esfera y la miró curiosamente, preguntándose si aquello podía servirle a él para algo en su lucha contra Traoll. Dijo a

M-Mail

:

—Haga venir a los guardianes que han servido aquí durante estos últimos meses.

—Siempre fueron los mismos desde hace cinco años, señor.

—Pues que vengan.

M-Mail salió confundido. Necesitó cerca de una hora para localizar a la mayor parte de los guardianes. Algunos no pudieron acudir porque debían de estar en sus puestos de combate lejos de allí e imposibles de encontrar.

Loff interrogó a los hombres respecto a aquella esfera roja.

Todos coincidieron en afirmar que la esfera se encendió hacía tres años súbitamente.

—Informamos a los ingenieros. Estuvieron aquí husmeando y se marcharon advirtiéndonos que no tocásemos para nada esa esfera, señor —dijo uno de los guardianes.

—¿Le informaron a usted de eso, M-Mail?

—No, mayor. Por entonces yo dejé de pertenecer al equipo encargado de la vigilancia de la nave de Traoll —replicó M-Mail

.

Loff dio permiso a los guardias para que se marchasen.

M-Mail

y Duria se quedaron mirando cómo el mayor, plantado delante de la esfera, meditaba profundamente. Varias veces recorrió la estancia, inspeccionando cada recoveco. Sonreía ligeramente cuando un soldado entró corriendo para decirle que Traoll había vuelto a establecer contacto por visor.

El mayor dijo al soldado que iba inmediatamente para allí. Se volvió a Duria y le dijo muy lentamente:

—Junto a la puerta de este cobertizo hay un comunicador, Duria. Desde la *Scorpio*, cuando termine de hablar con Traoll, voy a pedirte algo que te extrañará, pero no dudes en hacerlo. Toma mi pistola y úsala contra lo que voy a indicarte.

Loff se sentó despacio en la silla situada delante de la pantalla en la que estaba la imagen de Traoll, quien dijo al ver a Loff entrar en su campo de visión:

—Ha tardado mucho, mayor. Ya me impacientaba. ¿Cuál es su respuesta definitiva? Ya ha transcurrido el plazo.

—Usted representaba un serio peligro para sus compatriotas y los rills, Traoll. ¿No cree que ellos debieron tomar precauciones para evitar que usted volviera a ser una amenaza para su seguridad

o la de otras razas con las que se pudiera tropezar?

Traoll abrió mucho sus diminutos ojos, sorprendido.

—¿A qué viene esto ahora, mayor Lumpell? Deseo su respuesta.

—Eso ya no tiene importancia, Traoll. He estado en su nave.

—Sabía que los humanos la remolcaron desde el espacio cuando la descubrieron mucho después de haber llegado yo a Ompya.

—He visto la esfera —silabeó Loff.

Traoll se echó a reír y aquella risa fue como golpes bajos para él. Empezó a temer haberse equivocado. Antes estaba seguro de sus conclusiones. Pero ahora, delante de Traoll, comenzaba a dudar.

—¿Y qué pasa con esa esfera? Mis jueces me advirtieron que si me cansaba de vivir en ella estaba el medio de una muerte rápida. Pero eso sólo representaba para mí una tentación cuando estaba en el espacio. Es cierto que muchas veces pensé romperla, pero siempre logré apartarme del atrayente color gris.

—Ahora está roja, Traoll. Y brilla con mucha fuerza.

Traoll pareció querer salir de la pantalla. Dio la impresión de que iba a hablar, pero cerró su larga boca.

Loff sonrió para dentro. Iba por buen camino.

—¿Sabe lo que pasará si ordeno que esa esfera sea destruida?

—No lo sé —replicó guturalmente Traoll.

Y Loff supo que no mentía.

—No le matará a distancia, aunque me hubiera gustado. Pero no ha resultado usted tan inteligente como se cree, Traoll. Ha vivido muchos años al lado de esa esfera y nunca comprendió cuál era su cometido. Yo sí lo he averiguado en pocos minutos. Desde hace tres años está roja. ¿Desea saber lo que ha estado haciendo desde entonces?

El silencio fue la respuesta de Traoll. Loff siguió:

—Mis conclusiones sólo pueden estar equivocadas en una pequeña fracción, Traoll. Sus compatriotas debieron de pensar que usted tal vez podía alterar el curso de la nave, cosa poco probable, y aterrizar en un mundo, creando dificultades en él. Entonces instalaron un sistema de alarma. Poco después de posarse la nave en Ompya, el sistema de alarma le detectó, comprobó que usted estaba creando dificultades y entró en funcionamiento.

»Emitió a través de millones de parsecs, a su galaxia, que Traoll volvía a las andadas. Entonces quienes le condenaron al destierro

debieron comprender que hubiera sido mejor ajusticiarlo. Tal vez ahora estén decididos a rectificar.

—¿Intenta asustarme, mayor? Aunque supieran que estoy intrigando contra mis verdugos, nunca podrán saber dónde estoy. Esa alarma sólo servirá para indicarles que estoy vivo y preparando mi venganza. Nunca podrán llegar aquí. ¿Olvida que soy científico y conozco la técnica de Attol? Es cierto que cometí el error de no pensar en esa posibilidad, pero no me preocupa en absoluto. Lo que estoy esperando es saber si va a rendirse o no.

—Olvide la rendición, Traoll. —Loff tomó el comunicador de pequeño alcance y murmuró unas palabras por el micrófono. Luego se volvió hacia Traoll, anunciando—: Le comunico que la esfera acaba de ser destruida de un disparo térmico, Traoll.

—Es estúpido, mayor —repuso alterado Traoll—. Acaba de hacer que la alarma deje de funcionar. Gracias.

—Se equivoca, Traoll. Acabo de permitir la entrada de sus compatriotas. Calculo que antes de unos minutos llegarán a Ompya.

Lo último que vio Loff y los hombres que estaban presenciando la insólita entrevista fue el gesto descompuesto de Traoll y su grito de ira. Luego, la pantalla se oscureció.

Loff se equivocó bastante.

Las naves de Attol y de Rill tardaron mucho más que unos minutos en presentarse.

Tardaron casi diez horas, pero llegaron a tiempo, cuando aún el escudo de energía resistía los desesperados ataques de las hordas de Traoll.

Varios centenares de medias lunas metálicas y ovoides de tono gris opaco aparecieron en los cielos de Ompya. Al instante cesó el ataque de las ratas.

Los humanos, aún protegidos por la coraza de energía, fueron testigos del desconcertante ataque de los recién llegados. Las naves de Attol y de Rill hicieron varias pasadas sobre las posiciones de los ejércitos de Traoll. Hubo un millón de relámpagos a ras de tierra y las ratas cayeron fulminadas al suelo.

Una de las naves ovoides descendió mientras las demás permanecían en el aire describiendo círculos. Minutos después, ascendía del campo enemigo. Por los telescopios, los humanos pudieron ver cómo seres semejantes a Traoll llevaban un cadáver al

interior del navío. La nave se unió a las demás.

Todas, antes de desaparecer en el aire, describieron varios círculos sobre la ciudad. Entonces Loff ordenó quitar el campo de fuerza. Los seres de Attol y de Rill, unidos una vez más para conjurar el peligro que se cernía sobre sus respectivas razas, habían actuado a tiempo.

Súbitamente, de la misma forma misteriosa como aparecieron, las naves se esfumaron. Dejaron de estar en el cielo.

Loff comprendió el simbólico adiós de las naves. También querían pedir disculpas.

Tomó a Duria por la cintura y bajó de la *Scorpio*. Avanzaron lentamente, mirando hacia el horizonte, desde donde había estado el enemigo, ahora muerto, destruido para siempre.

Cuando treinta días más tarde llegaron las flotas de guerra del Orden, Ompya había recobrado su normalidad. Los cientos de miles de cadáveres de ratas habían sido incinerados. Después de una intensa búsqueda, los hombres de Loff encontraron el gigantesco refugio subterráneo de Traoll. Allí estaban encerradas casi todas las ratas normales que quedaban del planeta. Consultados los ingenieros agrónomos, éstos llegaron a la conclusión de que podían ser dejadas en libertad.

—Aún quedan alimañas que deben ser acabadas por ellas —dijeron.

Jimmy, presente, apostilló:

—No creo que se vuelva a presentar un nuevo Traoll que las agigante y dote de inteligencia.

Las ingentes cantidades de armas de las ratas fueron destruidas una vez que el almirante de la flota terrestre dio su consentimiento. Algunas se guardaron para su posterior análisis.

El almirante, una vez convencido de que el peligro había pasado, reclamó a Loff a su presencia. Le pidió un informe verbal de los acontecimientos.

—Cuando la nave fue traída a Ompya y sus delicados mecanismos detectaron la presencia hostil de Traoll, enviaron su alarma a Attol y Rill —decía Loff llegando al término de su relato—. Inmediatamente, las flotas combinadas de Attol y Rill se pusieron en acción. Pero tenían un vasto sector estelar de esta galaxia que explorar. Ellos usan un medio aun más eficaz que el

nuestro para desplazarse por las estrellas. Es casi instantáneo. Creo que distorsionan el espacio a su antojo o algo parecido. El caso es que estuvieron tres años de los nuestros tras las huellas de Traoll. Necesitaban que la señal emitiera su último y más poderoso aviso, al ser destruida, para poder localizar el planeta.

»No sé cómo llegué a tal conclusión, pero ordené a Duria que destruyese la esfera roja a una señal mía por radio. Traoll tampoco había descubierto durante todo el tiempo que estuvo viviendo en esa nave cuál era la verdadera misión de la esfera.

»Una vez establecido el punto exacto donde estaba Traoll, las flotas de Attol y Rill no tuvieron dificultad alguna en presentarse aquí. Necesitaron más tiempo del que yo pensé, porque antes de hacer acto de presencia analizaron cuidadosamente la situación llegando a comprender cuáles eran las posiciones de Traoll con sus ejércitos y las nuestras. Creo que supieron que nosotros, los humanos, éramos los que provocamos la destrucción de la esfera.

»Aunque Traoll hubiera sido muy fuerte en su sistema, una vez terminado de organizar su ejército como deseaba, aún era bastante débil en la superficie de Ompya bajo las poderosas armas de sus congéneres y humanos de Rill. Sólo necesitaron éstos una pasada para aniquilar las hordas de ratas. Por supuesto que Traoll pereció. Fue el único cuerpo que se llevaron. El resto ya lo sabe usted, almirante. Tuvimos mucho trabajo limpiando de cadáveres el campo enemigo.

El almirante Stonehen estudió las puntas de sus dedos. Alzó la mirada y dijo al mayor:

—Lo que no comprendo es por qué, al menos los rills por ser humanos, no decidieron establecer contacto con nosotros. ¿Por qué se marcharon sin intentar un diálogo? Nuestras razas podían haber llegado a un entendimiento...

Loff negó con la cabeza.

—Los attolitas son demasiado distintos a nosotros, almirante. Y los rills, aunque de apariencia semejante, han tenido que cambiar mucho para poder llegar a convivir con sus vecinos ratoniles. Creo que incluso no desean tratos con otros grupos de humanos. Por ahora prefieren seguir aislados en su galaxia.

—¿Por qué? ¡Es absurdo!

—No lo es. Son diferentes, en realidad, a nosotros. Acudieron a

nuestra llamada, almirante, en poco más de diez horas. ¿Se da cuenta? A pesar de nuestra maravillosa civilización, ellos están muy por encima de nosotros. Aniquilaron a un ejército surgido de la nada, creado por un solo ser, en cuestión de segundos. No. Creo que es mejor para todos que por mucho tiempo sigan por un camino distinto al nuestro.

Stonehen terminó asintiendo.

—Le comprendo, mayor. Tiene razón. —Sonrió y añadió—: Pero aún no le he felicitado. Dentro de unos días, cuando considere que la situación en Ompya sea totalmente normal, ordenaré la marcha. Para entonces ya estará también su *Scorpio* reparada. ¿Puedo hacer algo por usted? Se lo merece, mayor. Ha salvado a un planeta, y a los attolitas y rills de tenerse que enfrentar a un serio peligro en sus propios planetas.

Loff sonrió.

—No tomo un descanso desde hace cinco años, señor. Desde que me confiaron el mando de la *Scorpio*. ¿Podría disponer de algunas semanas?

—Por supuesto. ¿Dónde quiere ir, mayor?

—A ninguna parte. Me quedaré aquí.

—¿Y...?

—La razón se llama Duria. Es muy bonita, señor. Me han dicho que al norte del continente existen unas islas maravillosas. Me han prestado una casita a la orilla de una playa pequeña y...

—No son necesarias tantas explicaciones, mayor. Puede incorporarse a su unidad dentro de dos meses, en la base de Vega-Lira

—Gracias, señor.

El almirante tendió su diestra y Loff la estrechó.

Encontró a Duria pronto, trabajando en el departamento de suministros para las bases agrícolas que se estaban reconstruyendo. Lo primero que le dijo fue:

—Estuvo aquí Migh para despedirse de ti, Loff.

—¿Cómo lo sabe...?

—Tenía que ir al este y le dije que tú te marcharías pronto.

—Pues me alegro que no se despidiera inútilmente.

—No entiendo...

—Pienso quedarme aquí unos días. Bastantes.

—¿Para qué?

Loff la tomó entre sus brazos y la besó. Dijo:

—Porque estoy decidido a pasar los días más maravillosos de mi vida al lado de la muchacha más hermosa de Ompya.

Duria rió.

—Estoy deseando conocerla.

—Pues la verás reflejada en mis ojos. Claro que para eso tendrás que tener muy abiertos los tuyos y estar besándome.

—¿Así?

—Perfecto.

FIN